

1992 N.º 606.  
10 oct 47

**EL TEATRO.**

COLECCION  
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

**BALTASAR,**

DRAMA ORIENTAL EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

SEGUNDA EDICION.



MADE IN U.S.A.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, num. 9.

1888.

207/

L47 - 5155

## PUNTOS DE VENTA.

**Madrid: librería de Cuesta, calle de Carretas, n. 9.**

### PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	Perez.	<i>Motril.</i>	Ballesteros.
<i>Alcoy.</i>	V. de Marti é hijos.	<i>Anzanares.</i>	Acebedo.
<i>Algeciras.</i>	Almenara.	<i>Mondoñedo.</i>	Delgado.
<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Orense.</i>	Robles.
<i>Almeria.</i>	Alvarez.	<i>Oviedo.</i>	Palacio.
<i>Aranjuez.</i>	Prado.	<i>Osuna.</i>	Montero.
<i>Avila.</i>	Rico.	<i>Palencia.</i>	Gutierrez é hijos.
<i>Badajoz.</i>	Orduña.	<i>Palma.</i>	Gelabert.
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Mayol.	<i>Pamplona.</i>	Barrena.
<i>Bilbao.</i>	Astuy.	<i>Palma del Rio.</i>	Gamero.
<i>Burgos.</i>	Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	Cubeiro.
<i>Cáceres.</i>	Valiente.	<i>Puerto de Santa</i>	
<i>Cádiz.</i>	V. de Moraleda.	<i>Maria.</i>	Valderrama.
<i>Castroudiales.</i>	Saenz Falceto.	<i>Puerto-Rico.</i>	Marquez.
<i>Córdoba.</i>	Lozano.	<i>Reus.</i>	Prins.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>Ronda.</i>	Gutierrez.
<i>Castellon.</i>	Gutierrez.	<i>Sanlucar.</i>	Esper.
<i>Ciudad-Real.</i>	Arellano.	<i>S. Fernando.</i>	Meneses.
<i>Coruña.</i>	García Alvarez.	<i>Sta. Cruz de Te-</i>	
<i>Cartagena.</i>	Muñoz Garcia.	<i>nerife.</i>	Ramirez.
<i>Chiclana.</i>	Sauchez.	<i>Santander.</i>	Laparte.
<i>Ecija.</i>	García.	<i>Santiago.</i>	Escribano.
<i>Figuerras.</i>	Conte Lacoste.	<i>Soria.</i>	Rioja.
<i>Gerona.</i>	Dorca.	<i>Segovia.</i>	Alonso.
<i>Gijón.</i>	Sanz Crespo.	<i>S. Sebastian.</i>	Garralda.
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>Sevilla.</i>	Alvarez y Comp.
<i>Guadalajara.</i>	Oñana.	<i>Salamanca.</i>	Huebra.
<i>Habana.</i>	Charlainy Fernz.	<i>Segorbe.</i>	Clavel.
<i>Haro.</i>	Quintana.	<i>Tarragona.</i>	Aymat.
<i>Huelva.</i>	Osorno.	<i>Toro.</i>	Tejedor.
<i>Huesca.</i>	Gambien.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Jaen.</i>	Idalgo.	<i>Teruel.</i>	Castillo.
<i>Jerez.</i>	Bueno.	<i>Tuy.</i>	Martz, de la Cruz.
<i>Leon.</i>	Viuda de Miñon.	<i>Palavera.</i>	Castro.
<i>Lerida.</i>	Zara y Suarez.	<i>Valencia.</i>	Moles.
<i>Lugo.</i>	Pñjol y Masia.	<i>Valladotid.</i>	Hernainz.
<i>Lorca.</i>	Delgado.	<i>Vitoria.</i>	Galindo.
<i>Logroño.</i>	Verdejo.	<i>Villanueva y Gel-</i>	
<i>Loja.</i>	Cano.	<i>trú.</i>	Magin Beltran
<i>Málaga.</i>	Caliavate.		compañía.
<i>ataró.</i>	Abadal.	<i>Ubeda.</i>	Treviño.
<i>rcia.</i>	Hermanos de An-	<i>Zamora.</i>	Calamita.
	drión.	<i>Zaragoza.</i>	V. Andrés.

55-47-55

# BALTASAR,

DRAMA ORIENTAL EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Representado por primera vez en el teatro de Novedades en Abril de 1858.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1858.

# BALTAZAR

---

La propiedad de este drama pertenece á su autora, y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lirica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

A. S. A. R.

El Sereno. Sr. D. Alfonso de Borbon,

*Príncipe de Asturias.*

SERENÍSIMO SEÑOR:

La excelsa Madre de V. A. se ha dignado permitirme que honre esta humilde obra con el augusto y querido nombre de V. A., y llena de agradecimiento me creo en el deber, al rendir á vuestras Reales plantas la pobre ofrenda de mi respeto, de manifestar las razones que me alentaron á solicitar merced tan señalada: razones que, si mi obra logra sobrevivir bajo tan alto patrocinio, á su próxima aparicion en la escena, alcanzarán algun dia del régio ánimo de V. A. benévola excusa de mi atrevimiento.

Baltasar, última produccion dramática que doy al público, fué terminada en los gratos momentos en que saludaba España con inmenso vitor el fausto natalicio de V. A., pudiendo decirse que la última pobre flor de mi vida literaria brotó alumbrada por los primeros resplandores del astro brillante de vuestro excelso destino. Baltasar tuvo, ademas, la dicha de ser honrado desde antes con benévolas simpatias de los magnánimos Padres de V. A., que se han dignado alentár muchas veces mi desmayado espíritu con tan bondadosa indulgencia, que solo ella ha podido resolverme á presentar en la escena obra de tan severa índole y difícil asunto.

En efecto, Serenísimo Señor, la caída del imperio Babilónico, señalada

por celeste prodigio, fué mas que el hundimiento de un trono: fué un gran suceso providencial de mas alta trascendencia que otras revoluciones análogas. Ciro, anunciado por los profetas, era el escogido para romper las cadenas del pueblo de Dios, para levantarle el nuevo templo..... aquel templo en que resonó la divina palabra del Mesias. Con Baltasar, y como él, la copa del festin en las manos y la hiel de la impotencia en el alma, se hundió una civilizacion gastada y corrompida, que entre las púrpuras de la orgullosa reina del Eufrates parecia haber soñado en la fusion de las razas por medio de la prostitucion; celebrando, segun la enérgica expresion de un escritor moderno, con una pascua de libertinaje su primer pensamiento de unidad. Cayó aquella civilizacion anunciando otra ruina mas grande, mas profunda, mas trascendental: la del mundo antiguo, la de la sociedad idólatra, cuya última hora vibraba ya en los oidos de Daniel al término de las setenta semanas, por entre cuyas sombras columbraba los crepúsculos del dia eterno de la verdad.

La cabeza de oro de la simbólica estatua de Nabucodonosor, rodó deshecha á los pies de los soldados de Ciro, dando lugar á un nuevo imperio, que, por nuevo paso providencial del progreso humano, sucumbió á su vez bajo la espada de Alejandro, preparando la unidad del mundo para recibir la luz del Evangelio. El heredero del genio de la Grecia, el que difundió sus ideas, sus ciencias y sus artes con el mismo soplo con que desbarataba los imperios; el que entlazando los dos continentes aspiraba con todas las fuerzas de su gigantesco pensamiento á la fusion universal, no encontró, no podia encontrar la ruta del destino: la clave augusta de aquel enigma santo estaba reservada al rey de paz, al deseado de las naciones. Como Baltasar, Alejandro celebró en la orgia la noche de su gloria, y arrastrando á su sepulcro los heróicos sueños de su genio, dejó en agonía la sociedad sensual y politeísta, que tenia ya sucesora y heredera en Roma... ¡en ja Roma guerrera y pagana que abria, sin saberlo, con su espada por entre las oleadas de los pueblos, ancho camino á la nueva idea, cuyo advenimiento se habia anunciado en medio de los escombros de Babilonia idólatra, haciendo estremecer los ámbitos inmensos del Asia panteísta!

Los siglos son instantes en la vida de la humanidad. En pos de la cabeza de oro de la estatua se habian fundido la plata y el bronce... los dos grandes imperios Persa y Griego; y del mismo modo, Serenísimo Señor, al golpe invisible de la piedrecita desprendida del monte, debia fundirse el hierro sobre los pies de barro del coloso romano. Asi despues de cumplirse las setenta semanas de Daniel, lució la luz para los que yacian entre las

sombras de la muerte, y la civilizacion latina cedió el trono del mundo á la civilizacion cristiana, alumbrando desde el capitolio con desconocidos resplandores las sombras y las ruinas de lo pasado, y haciéndolas de grande enseñanza para lo porvenir. Entonces el mundo nuevo comprendió y explicó el antiguo, y el festin sacrilego de Baltasar surgió á los ojos de la filosofía como una de las páginas mas elocuentes de la historia de la humanidad; como el gráfico sello de una civilizacion materialista.

Bajo este aspecto se presentó á mi vista cuando en un momento de temeridad osé comenzar este drama, intentando encerrar en las estrechas dimensiones de una composicion teatral un gran pensamiento filosófico. Confieso, Serenísimo Señor, que no me lisonjea la presuntuosa esperanza de haberlo conseguido, porque siento la debilidad de mis fuerzas; pero he procurado indicar al menos mi idea, haciendo que ningun incidente, ningun personaje, ninguna palabra desdiga en lo mas mínimo del carácter que quise dar á mi obra.

Elda y Rúben representan en este pequeño cuadro los dos seres mas débiles y abyectos de la sociedad antigua: la mujer y el esclavo, rehabilitados solo por el cristianismo. En aquellos dos seres encuentra, sin embargo, el déspota oriental el limite invencible de su poder tiránico. Baltasar, el alma devorada por el hastio de la vida entre todos los goces materiales y todas las pompas de la vanidad mundana; el alma sin Dios, que no se satisface con recibir de la tierra las adoraciones que ella le niega al cielo; el alma soberbia, que se imagina sin semejante entre los hombres, encuentra en la mujer y en el siervo la primera revelacion de la dignidad humana y de la pequeñez de las potestades terrestres. El cetro del dios mortal de Babilonia se estrella en la virtud de dos corazones fieles, y en balde les pide el amor y la felicidad de que se halla desheredado en la cumbre solitaria de su grandeza egoista. Ciego Baltasar con la impotencia de su primer deseo, venga su desventura de hombre con su tirania de déspota: huella la virtud que ha negado en su escepticismo, y que encuentra y reconoce para su castigo. La virtud, negándole la dicha, le deja el remordimiento. Comprende en la desesperacion de su aislamiento que existen para el alma goces purisimos que Dios no rehusa á las mas bajas condiciones sociales; pero sí al soberbio que desconoce á sus semejantes en la tierra y á su infalible juez en el cielo. Comprende el vacio inmenso de un alma sin fé ni amor, y quiere ahogar en vano entre los vapores de la orgia el grito de aquel dolor profundo, expiacion providencial del orgullo.

Baltasar, representante del despotismo de los reyes paganos, á par que

de la corrupcion é impotencia de una sociedad caduca, no es sin embargo en mi obra un personaje de repugnante odiosidad. He querido pintar en él lo poco que es la mas grande alma cuando no la ilumina la fé ni la fecunda el amor, y en el instante supremo en que se consuma la expiacion un rayo de claridad celeste viene á alumbrar aquella alma descreida, arrancando al arrepentimiento el gemido que no desoye nunca la inagotable clemencia. Joaquin extiende sus manos sobre la cabeza del sacrilego moribundo, perdonándole en nombre del Dios de Abraham, del Dios único, universal... y resonando todavia aquellos ecos de misericordia sobre la tumba del escéptico, que proclama en su último suspiro la justicia de Dios y la dignidad del hombre, se alza el inspirado acento del profeta anunciando entre las ruinas de la civilizacion arrollada por el soplo divino, la libertad del pueblo escogido y la reedificacion del templo en que será promulgada la nueva ley de gracia que, rompiendo las cadenas de los pueblos y disipando las sombras de la idolatria, hará santa la potestad y gloriosa la obediencia. La ley regeneradora que hará del esclavo el hermano del monarca, y de la mujer la compañera del hombre. La ley en fin, Serenísimo Señor, que renovando la faz del mundo y abriendo inmenso campo por el seno de los siglos al progreso de la humanidad, ha formado ya tantos reyes cristianos, padres, bienhechores de los pueblos, y entre los que cuenta V. A. ilustres progenitores.

Tales son, Serenísimo Señor, sucintamente indicados, el carácter y el pensamiento que he querido prestar á estas páginas. Graves, numerosos defectos descubrirá en ellas la crítica, pero yo suplico á V. A. al ofrecerlas humildemente á sus Reales plantas, que cuando llegue el dia en que pueda y se digne juzgarlas, solo vea benévolo los sentimientos religiosos que me las han inspirado, y la sinceridad con que pido al cielo colme á V. A. de todas las mas sublimes virtudes de los mas grandes monarcas de la civilizacion cristiana, y muy particularmente de la acrisolada fé y caridad inexhausta que tanto resplandecen en los augustos Padres de V. A.

SERENÍSIMO SEÑOR.

A L. R. P. de V. A.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

ACTORES.

PERSONAJES.

ELDA, sobrina de Daniel (veinte años) ..... Sr. RODRIGUEZ.  
 NIÑEROS, madre de Baltasar (de 42 á 50 años) ..... Sra. MARTIN.  
 BALTASAR, hijo de Daniel (de 28 á 30 años) ..... Sr. VALEJO.  
 JOAQUIN, excoy de Judas (mucho años) ..... Sr. CALVO.  
 HEBER, nieta suya (de 20 años) ..... Sr. XAMONA.  
 DANIEL, profeta hebreo (de 40 á 45 años) ..... Sr. BARRONER.  
 HANANIEL, sacerdote (mucho años) ..... Sr. PARRA (O. LIZASO).  
 NEBESER, ministro del Rey ..... Sr. OCHOA.  
 SATRAPA I ..... Sr. SANCHEZ.  
 SATRAPA II ..... Sr. HERNANDEZ.  
 MAO HERMANO DE MAO ..... Sr. MARTIN.  
 MAO II ..... Sr. TASA.

Sárquas.—Cortesanas.—Mujeres del rey y del séquito de la reina.—Babilonios.—Gurdiras.—Fuebio.

PERSONAJES

ELDA, sobrina de Daniel (veinte años) ..... Sr. RODRIGUEZ.  
 NIÑEROS, madre de Baltasar (de 42 á 50 años) ..... Sra. MARTIN.  
 BALTASAR, hijo de Daniel (de 28 á 30 años) ..... Sr. VALEJO.  
 JOAQUIN, excoy de Judas (mucho años) ..... Sr. CALVO.  
 HEBER, nieta suya (de 20 años) ..... Sr. XAMONA.  
 DANIEL, profeta hebreo (de 40 á 45 años) ..... Sr. BARRONER.  
 HANANIEL, sacerdote (mucho años) ..... Sr. PARRA (O. LIZASO).  
 NEBESER, ministro del Rey ..... Sr. OCHOA.  
 SATRAPA I ..... Sr. SANCHEZ.  
 SATRAPA II ..... Sr. HERNANDEZ.  
 MAO HERMANO DE MAO ..... Sr. MARTIN.  
 MAO II ..... Sr. TASA.

Sárquas.—Cortesanas.—Mujeres del rey y del séquito de la reina.—Babilonios.—Gurdiras.—Fuebio.

## PERSONAJES.

---

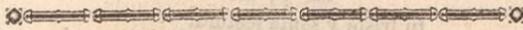
## ACTORES.

---

ELDA, sobrina de Daniel (jóven de 16 años) .....	SRA. RODRIGUEZ.
NITÓCRIS, madre de Baltasar (de 45 á 50 años).....	SRA. MARTIN.
BALTASAR, rey de Babilonia (de 28 á 30 años).....	SR. VALERO.
JOAQUIN, ex-rey de Judea (muy anciano).....	SR. CALVO.
RÚBEN, nieto suyo (de 20 años.)	SR. ZAMORA.
DANIEL, profeta hebreo (de 40 á 45 años).....	SR. BERMONET.
RABSARES, cortesano (tambien de mediana edad).....	SR. PEREZ (D. LÁZARO).
NEREGEL, ministro (id.).....	SR. CÓRIA.
SÁTRAPA 1.º.....	SR. SANCHEZ.
SÁTRAPA 2.º.....	SR. HERNANDEZ.
MAGO 1.º.....	SR. MAFEL.
MAGO 2.º.....	SR. TORS.

Sátrapas.—Cortesanos.—Mujeres del rey y del séquito de la  
reina.—Esclavos.—Guardias.—Pueblo.

---



- 01 -

## ACTO PRIMERO.

---

Prision de Joaquin. Puerta al foro y otra pequeña al lado izquierdo, que conduce al dormitorio del preso. A la derecha una ventana alta, con reja de hierro, por la que penetra la débil luz que alumbrá únicamente aquella lúgubre estancia.

*(La derecha é izquierda que se señala en todo el drama, debe entenderse siempre con respecto al actor.)*

### ESCENA PRIMERA.

JOAQUIN, ELDA. *El primero sentado en un banco de madera, y pobremente vestido á la usanza hebrea. La segunda sentada á sus pies, leyendo en alta voz el libro de los Profetas, que apoya sobre las rodillas del anciano.*

ELDA. *(Leyendo.)* «¡Cuán triste y solitaria de cien provincias la ciudad señora!  
La que ayer reina, hoy viuda y tributaria  
su duelo ostenta y su baldon devora.

Luto visten sus valles;  
no hay en las aras de su Dios ofrendas;  
la yerba crece en sus desiertas calles,  
y guarda muda soledad sus sendas.»

JOAQ. Hija, suspende un momento

- tu triste y santa lectura.  
¡De ese cuadro la amargura  
grabada en mi alma siento!
- ELDA. Voz tambien de Jeremias  
es esta: escucha, señor,  
y mitiguen tu dolor  
las sagradas profecias.  
(*Leyendo.*)  
«Llegará tiempo en que del pueblo mio,  
—dice el Señor,—escucharé las preces,  
y su cáliz fatal romperé pio  
antes que apure las postreras heces.  
¡Oh, virgen de Judá! detén el llanto  
y suspende la voz de tus gemidos,  
que aun se unirá tu jubiloso canto  
del címbalo y salterio á los sonidos!»
- JOAQ. Arrodillate y bendice  
de tus padres al Dios justo,  
que por su profeta augusto  
ya aplacado nos predice  
misericordia y perdon.
- ELDA. (*Arrodillada.*)  
¡Bendito, bendito sea,  
y que cumplida se vea  
la dichosa prediccion!
- JOAQ. (*Acariciando la cabeza de Elda con su tré-  
mula mano.*)  
¡Pobre flor, que tu perfume  
en esta mazmorra exhalas,  
y cuyas virgíneas galas  
mi triste aliento consume!...  
¡Flor, que nacida entre abrojos  
ni aun llanto tienes por riego...  
pues ni aun lágrimas, del ciego  
conservan los muertos ojos!...  
¡Luzca pronto, luzca el día  
que Dios te ofrece piadoso,  
y al pobre ciego reposo  
dé entonces la tumba fria!
- ELDA. ¡Tú morir?... No; ten presente  
que eres del Señor unido,  
y que al trono que has perdido

aun quiere alzarte clemente;  
pues si alcanza redencion  
el pueblo que fué tu grey,  
volverá en triunfo su rey  
al s6lio de Salomon.

JOAQ. De la grandeza pasada  
ya ni aun conservo memoria.  
¡Huy6 cual humo mi gloria...  
miré mi púrpura hollada!  
¡El cetro!... mi flaca mano  
alzarlo pudiera apenas,  
despues que infames cadenas  
arrastra de un vil tirano.  
Para diestra mas pujante  
guárdelo el Dios de David;  
y aquel Supremo Adalid  
me otorgue, cuando triunfante  
á sus hijos rescatados  
bajo su escudo reuna,  
que en la tierra de mi cuna  
rinda mis huesos cansados.

ELDA.

JOAQ.

¡Pero y tus hijos?  
Mis hijos...

¿No me han prestado consuelo  
del cautiverio en el suelo  
y entre pesares prolijos?  
Déles Dios la recompensa,  
y á tí tambien, Elda mía:  
á tí, que animosa y pia,  
en esta atm6sfera densa  
marchitando tu beldad,  
tu juvenil atractivo,  
eres para este cautivo  
ángel de santa piedad.

ELDA.

Sirvo á mi rey y á mi padre;  
¿qué hay en ello que te asombre?

JOAQ.

¡Ah!... Suprime el primer nombre:  
basta que el otro me cuadre.  
Tu padre, si; de adopcion  
lo he sido siempre, y espero  
serlo en breve verdadero  
por una plácida union.

- Llegue, llegue presuroso,  
cual Rúben anhela amante,  
de vuestra boda el instante.
- ELDA. En tu nieto generoso  
no impera solo el amor;  
que aunque nacido en destierro  
y bajo el yugo de hierro  
del mas indigno opresor,  
no en balde sangre real  
siente correr por sus venas...  
¡Al compás de las cadenas  
no alzaré el himno nupcial.  
Aguardemos: confianza  
tengo en la angusta promesa.
- JOAQ. (*Levantándose*)  
Mi alma en el Dios que confiesa  
pone tambien su esperanza.  
May ¡ay! no ha mucho que en vano  
presumí que en nuestra suerte  
cambio causase la muerte  
de nuestro dueño inhumano,  
y Nabucodonosor  
ya duerme en la tumba helada,  
sin que nada ablande, ¡nada!  
á su infausto sucesor.
- ELDA. Calla, que se acerca alguno.
- JOAQ. No son pasos de mi nieto.
- ELDA. Suele venir sin objeto  
tu carcelero importuno.  
(*Se adelanta á ver quién entra.*)

## ESCENA II.

LOS MISMOS, NITÓCRIS, RABSARES.

- ELDA. (*Al ver á Nitócris y á Rabsares, que se detienen un instante en la puerta.*)  
¡Ah!...
- RAB. Señora, yo anunciarte  
debo...
- NIT. No, no es menester. (*Se adelanta.*)
- RAB. (*Mi instrumento vas á ser,*

- NIT. ¡oh reina!  
(Arrojando una mirada por aquel horrible calabozo.)  
(¡El alma se parte de compasion!)
- JOAQ. (Bajo á Elda.) ¿Quién?...  
ELDA. Lo ignoro.
- NIT. (Llegándose á ellos.)  
Los dioses os den salud.
- ELDA. (Saludándola.)  
Señora...
- NIT. (Mirándola con emocion.) (¡Qué juventud!)  
Joaquin... tu suerte deploro.
- JOAQ. ¿Quién eres tú, que hallas franca  
la puerta de esta prision?
- NIT. Quien sabe tu situacion,  
que piedad del pecho arranca.  
La madre de Baltasar.
- JOAQ. ¡La reina!...
- NIT. La reina, si,  
que benigna llega aqui  
vuestro infortunio á templar.  
(A Elda.) De Daniel, tu noble tio,  
en mucho aprecio el saber,  
y anhelo favorecer  
por él al pueblo judío.
- ELDA. ¡Oh, señora!...
- JOAQ. ¡Qué oigo!
- NIT. (A Elda.) Quiero  
darle amparo á tu orfandad;  
y obtener tu libertad  
muy pronto, Joaquin, espero.  
Poco ha que alcancé esa gracia  
para tus hijos del mio,  
y que no niegue confío  
nuevo alivio á tu desgracia;  
pues si aun no es llegado el dia  
de entera reparacion,  
consolarte en tu afliccion  
será desde hoy mi alegría.
- JOAQ. Pueda mi alma agradecida...
- NIT. Basta.—Tú, vírgen hermosa,

- no en la cárcel tenebrosa  
sepultes tu edad florida.  
Junto á mí, y en el palacio,  
asilo agosto te doy,  
y á tener vas desde hoy  
hogar, madre, luz y espacio.
- ELDA. ¡Yo!... (*Con cierto pavor.*)
- JOAQ. Permite que á tus pies...
- NIT. ¡No, levanta!
- JOAQ. Su hermosura  
se marchita en esta impura  
mazmorra... si, tú lo ves.  
¡Cumple tu promesa!... ¡Salva  
á ese ángel de mi destierro!
- NIT. No le hallará en este encierro  
de nuevo la luz del alba.
- RAB. (¡Mi designio se logró!)
- ELDA. (*A Joaquín, con espanto.*)  
¡Yo abandonarte?...
- JOAQ. Hija cara,  
harto de tu piedad rara  
el triste viejo abusó.
- ELDA. ¡Nunca! Déjame á tu lado.  
¡Tu cárcel es mi universo!
- JOAQ. El cielo me fuera adverso  
si aceptara despiadado  
tu sublime sacrificio.  
No, Elda amada, sé dichosa,  
de esta princesa gloriosa  
recibiendo el beneficio.
- NIT. Veros podreis con frecuencia.
- JOAQ. ¿Oyes?... (*A Elda.*)
- ELDA. ¡Ah!...
- JOAQ. Verme podrás.
- NIT. Y libre en breve.
- JOAQ. ¡Eso mas!
- ELDA. ¿Qué importa tan corta ausencia?  
¡Padre!... (*Echándose en sus brazos.*)
- JOAQ. (*Estrechándola contra su corazón.*)  
¡Oh hija!... ¡oh hija!...
- NIT. Os dejo  
explayar vuestra ternura.

Ella sabrá en su cordura  
seguir dócil el consejo  
del que su padre apellida;  
y tú, venerable anciano,  
no afligido, sino ufano,  
recibe su despedida.

Para llevarla á mi lado  
Rabsares volverá presto,  
y yo á cumplirte me apresto  
la esperanza que te he dado.

¡Las deidades que venero  
cambien tu suerte enemiga!

JOAQ. ¡Que á tí, oh reina, te bendiga  
el solo Dios verdadero!

NIT. *(A Rabsares, al salir.)*  
Grato deber he cumplido,  
Rabsares; gracias te debo. *(Se vá.)*

RAB. *(Al seguirla.)*  
*(Yo á dártelas no me atrevo,*  
*aunque á mi antojo servido.)*

### ESCENA III.

JOAQUIN, ELDA y despues RÚBEN.

JOAQ. ¿Ves cuán pronto del profeta  
las promesas bienhechoras  
van á cumplirse?... ¿Y tú lloras?...  
¿De qué tu pecho se inquieta?

ELDA. Perdóname, padre mio...  
razon mi espanto no tiene,  
y aquí nuestro Rúben viene  
para darme esfuerzo y brio.

RUB. *(Que se supone ha encontrado á la reina, y  
la sigue con la vista, sorprendido.)*  
¡Es ella!... ¡sí!... *(Acercándose.)*

¿Qué me anuncia  
de Nitócris la visita?

JOAQ. Que sea ¡oh hijo! bendita,  
antes que todo pronuncia.

RUB. ¡Padre!... ¡me sorprendes tanto!...

JOAQ. (*Señalando á Elda.*)  
Ya no verás su belleza  
marchitarse en la tristeza  
y consumirse en el llanto.  
Que ella propia le refiera  
de su suerte la mudanza,  
y la imprevista esperanza  
que hoy nos luce lisonjera;  
yo entre tanto en soledad  
mil gracias rendiré á Dios,  
encomendando los dos  
á su infinita bondad.  
(*Se vá por la puerta lateral, guiándolo Elda, que vuelve á la escena.*)

#### ESCENA IV.

RÚBEN, y luego ELDA.

RUB. (*Despues de un momento de silencio.*)  
¿Mi padre anuncia un cambio venturoso  
y Elda los ojos baja estremecida?...  
¿Qué quiere decir esto?  
(*A Elda, que vuelve llorosa.*) ¡Por tu vida!  
¡Habla presto, mi bien! ¡habla á tu esposo!  
¿Por qué lloras así?

ELDA. ¿Posible fuera  
dejar esta mansion sin duelo y llanto  
si en ella vi correr mi edad primera,  
y aqui escuché tu juramento santo!

RUB. ¿Es pues tu ausencia, ¡oh Dios! tu ausencia  
es el comienzo de la nueva suerte?... (¡impia  
¡Yo ni el cetro del mundo compraria  
á precio, oh Elda, de cesar de verte!  
¿Dónde quieren llevarte? ¿Con qué intento?  
¿Qué dicha puede haber que yo ambicione  
á trueque de tan bárbaro tormento?...  
¿Quién la fatal separacion dispone?  
¡Dilo!

ELDA. La desventura que nos hiere  
de Nitócris lastima el pecho egregio,  
y darme asilo venerable quiere

- de Babilonia en el alcázar régio,  
cual principio feliz de otros favores.  
RUB. (*Con impetuosidad.*)  
Yo los hubiera al punto rechazado,  
—«¡y aquí!—le hubiese dicho—¡aquí he pa-  
todos mis goces, todos mis dolores! (sado  
En el recinto de tan triste estancia  
mi juventud se alberga desvalida,  
y aquí mi amante y yo desde la infancia  
vivimos juntos de una misma vida;  
bien como dos arbustos infelices  
que bajo extraño sol lánguidos crecen,  
y entrelazando ramas y raíces  
arrimo mútuo y fraternal se ofrecen »  
ELDA. Así le hablára yo, ¿mas no sería  
con mi nación y con mi rey injusta,  
si rechazando la clemencia augusta  
la convirtiese en odio?.. No debía  
á tal riesgo exponerme; ni he podido.  
RUB. ¿Pero la reina?..  
ELDA. Aligerar el yugo  
quiere de nuestro pueblo, y aun le plugo  
aquí anunciar con labio conmovido,  
la libertad del ciego desgraciado.  
RUB. ¡Qué dices!..  
ELDA. Su piedad trocarse en saña  
sin duda haré con mi repulsa extraña,  
y agravaré nuestro infeliz estado..  
Pero dispuesta estoy si tú lo ordenas:  
yo lo pospongo todo á tu deseo,  
y en las dichas mayores nada veo  
que me consuele de causar tus penas.  
RUB. No; no soy sordo del deber al grito.  
Tengo una patria.. un padre á quien adoro...  
¡Acepta!.. ¡Acepta; si! Yo lo permito...  
Yo te prometo sofocar mi lloro.  
ELDA. Al escucharte se redobla el mio  
inundando mi rostro.  
RUB. (*Tomándola la mano.*) ¡Virgen cara!  
¡Amiga! ¡hermana!.. ¡amante!.. Yo confío  
en que para bien nuestro nos separa  
la Providencia. Término dichoso

- á tantas pruebas compasivo el cielo  
pondrá sin duda, y cumplirá mi anhelo  
de verme pronto tu feliz esposo.
- ELDA. En el fondo del alma brotar siento,  
por mas que la razon se esfuerza y lucha,  
no sé qué vago, atroz presentimiento...
- RUB. (¡Tambien yo!)
- ELDA. ¿Ves cuál tiemblo?
- RUB. ¡Oh Elda! escucha.  
Ya gozo libertad; nada me impide  
correr á disfrutar donde tú mores  
horas de dulce encanto. Si; no llores.  
No es grande el sacrificio que nos pide  
el sagrado deber. Mas grato es vernos  
fuera de esta mazmorra, en que respiras  
atmósfera letal.
- ELDA. Dó quier que miras  
¿no ves, ¡Rúben! no ves recuerdos tiernos  
que estimar debe el triste que los deja?..  
Allí al primer destello matutino  
(Señalando los sitios de que habla.)  
que traspasaba por la angosta reja,  
orábamos los dos al Ser Divino;  
y el pajarillo que acudir solia  
á recoger un grano de mi diestra,  
sus dulces cantos jubiloso unia  
al triste son de la plegaria nuestra.  
Allá tomamos el frugal sustento,  
que antes bendijo la paterna mano,  
y en ese banco se adormió el anciano  
dándole arrullo mi amoroso acento.
- RUB. (¡Ah!..)
- ELDA. ¡Cuántas noches de vigilia inquieta,  
en que medrosa se agitaba su alma,  
tú le volviste la perdida calma  
con la santa lectura del profeta!  
¡Cuántas mi mano con amor secaba  
la última gota de su lloro amargo,  
cuando en sus labios, con murmurio largo,  
aun la postrera bendición vagaba!
- RUB. ¡Calla!.. (Vivamente conmovido.)
- ELDA. (Señalando la ventana.)

Esa nube, que celajes rojos  
tiende del cielo en el azul brillante,  
¡es la misma tal vez que nuestros ojos  
ayer siguieron en su curso errante!..  
¡Y luego, luego brillará la estrella  
á que dimos los dos nombres ignotos,  
y cada noche se aparece bella,  
testigo á ser de nuestros tiernos votos!

- RUB. ¡No mas!..  
ELDA. ¿En dónde hallar estas memorias  
de gozo y de dolor, dulces al pecho?..  
RUB. ¡Elda!  
ELDA. ¿Qué resplandor de ajenas glorias  
me hará olvidar la sombra de este techo?  
RUB. ¡Mi padre!—Ten valor. (*Mirando dentro.*)  
ELDA. Si; no adivine  
estas lágrimas...  
RUB. No; sécalas pia...  
Solo el deber tu corazon domine...  
¡Mi fortaleza imita, esposa mia!  
(*Se adelanta á prestar apoyo al ciego.*)

## ESCENA V.

LOS MISMOS, JOAQUIN.

- JOAQ. (*Al tomar el brazo de Rúben.*)  
¡Rendisteis gracias al cielo  
por las mercedes de hoy?  
RUB. ¿No lee en los corazones  
¡oh padre! su excelso autor?  
Siéntate. (*Lo hace Joaquin.*)  
Pronto, lo espero,  
dejarás esta prision  
tan horrible.  
JOAQ. Aunque quisiera  
calentarme libre al sol,  
y respirar auras puras  
en vez de infecto vapor,  
no por gozar tales bienes  
mis vivos afanes son.  
(*A Elda.*) Cerca estarás de Nitócris:

- si mereces su favor  
no olvides ¡oh hija! que esclava  
gime la triste Sion.
- ELDA. No, padre.
- JOAQ. ¡Fiel á tu pueblo  
sé siempre; fiel á tu Dios!
- ELDA. ¡Ah, yo lo juro!
- JOAQ. (*Señalando al cielo.*) ¡Él te escucha!
- ELDA. (*Arrodillándose.*)  
Y aquí á tus plantas, señor,  
ratifica el sacro empeño  
con nueva fuerza mi voz.  
(*Con solemnidad.*)  
¡Juro conservarme fiel  
á Dios, mi patria y mi amor!
- RUB. (*Arrodillándose tambien.*)  
Y yo, aceptando tus votos,  
mi mano ¡oh Elda! te doy  
ante mi padre y el cielo.
- JOAQ. (*Levantándose y extendiendo sus manos,  
con ademan solemne, sobre las cabezas de  
los dos jóvenes, arrodillados á sus pies.*)  
¡De Abraham, de Isac, de Jacob  
Padre inmortal! ¡Ser sublime  
de cielo y tierra Hacedor!  
yo en tu nombre sacrosanto,  
que adora la creacion,  
recibiendo las promesas  
que han pronunciado los dos,  
una y tres veces bendigo  
su casta y eterna union!  
¡Santificala en tu gloria,  
y sé de ellos protector!
- RUB. (*Levantándose, y tambien Elda.*)  
Este anillo que te entrego  
mi santa madre llevó  
hasta su último suspiro.
- ELDA. Y hasta marchar de ella en pos,  
cual prenda de fé sagrada  
te ofrezco llevarlo yo!
- JOAQ. Pisadas oigo.
- RUB. ¡Se acercan!

ELDA. (Se me oprime el corazon.)  
RUB. (*Bajo á Elda.*)  
¡Oh, esposa! ¡llega el instante  
temido!

ELDA. Tendré valor.

## ESCENA VI.

LOS MISMOS, RABSARES, *Esclavos con presentes.*

RAB. La excelsa madre del rey,  
de quien siervo humilde soy,  
estos regalos te envia  
en muestra de proteccion,  
noble virgen. Llegar debes  
ornada con esplendor  
á su presencia.

ELDA. ¡Yo!..

JOAQ. ¡Cuántas  
bondades!

RAB. Sin dilacion  
preparate á complacerla.

ELDA. Te seguiré, pronta estoy;  
mas no trueco por ninguno  
el traje de mi nacion,  
ni á una cautiva convienen  
joyas de tanto valor.

JOAQ. Discúlpela su modestia.

RAB. Yo he cumplido mi mision.  
(*A Elda.*) Nitócris te espera.

JOAQ. (*Con voz conmovida.*) Parte

¡oh hija amada! Del Señor  
á la guarda te encomiendo.

ELDA. (*Besando su mano.*)

¡Adios, padre mio!

JOAQ. (*La abraza.*) ¡Adios!..

¡Los ángeles te acompañen!

ELDA. (*Tendiendo la mano á Rúben.*)

¡Hermano!..

RUB. Contigo voy.

ELDA. No; reemplázame á su lado,  
consolando su afliccion...

- mas no me olvides.  
RUB. ¡Yo!.. ¡nunca!  
ELDA. (A Rabsares.)  
¡Salgamos!  
(Se vá con esfuerzo, y la siguen Rabsares y los esclavos.)  
JOAQ. (Con angustia, despues de un momento de silencio.)  
¡Marchó?..  
RUB. (Acercándosele.) ¡Marchó!

### ESCENA VII.

JOAQUIN, RÚBEN. (Otra pausa)

- JOAQ. (Que oye los ahogados sollozos de su nieto.)  
¡Lora, si, llora!.. tus ojos  
ya no verán cada instante  
aquel hermoso semblante  
que ahuyentaba los enojos.  
No ya del labio inocente  
gozarás la dulce risa,  
que cual balsámica brisa  
purificaba este ambiente;  
ni llenará mi prision  
de aquella voz el sonido,  
que regalando el oido  
confortaba el corazon!  
RUB. ¡Oh, padre!..  
JOAQ. Nuestra amargura  
tiene, no hay duda, el consuelo  
de saber que quiere el cielo  
de Elda labrar la ventura,  
y que al pueblo esclavo y triste  
no pone Dios en olvido.  
RUB. Gran deber hemos cumplido,  
y ese gozo nos asiste.  
Pero alguien llega.— Es Daniel.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, DANIEL.

- DAN. Que Dios con vosotros sea.  
JOAQ. Él de la nacion hebrea  
se ostenta protector fiel.  
DAN. Lo sé, Joaquin: su justicia  
puede afligirnos severa,  
mas que triunfe no tolera  
del perverso la malicia;  
pues si aquel astucia alcanza,  
dió el cielo prudencia al bueno.  
RUB. ¡Turbado estás!...  
DAN. No... sereno;  
porque en su fé se afianza  
mi corazon, y á burlar  
viles planes vengo aqui.  
JOAQ. ¡Cómo!  
RUB. ¡Explicatel  
DAN. (A Joaquin.) De tí  
no dejes nunca apartar  
á mi inocente sobrina.  
RUB. ¡Elda!...  
JOAQ. (¡Cielos!)  
Su quietud,  
su pureza y su virtud  
peligran.  
JOAQ. (¡Piedad divina!)  
RUB. ¡Peligran!...  
DAN. ¡Oh, si!... ¡escuchad!  
(Breve y solemne pausa, durante la cual  
Joaquin y Ruben respiran apenas, en an-  
gustiosa expectativa.)  
De Nabucodonosor,  
aquel tirano opresor  
de la triste humanidad,  
nació el déspota que al mundo  
postrado á sus plantas mira,  
y no lo huella con ira,  
mas si con desden profundo.

No puso Dios en su seno  
un corazon bajo, no,  
pero temprano agotó  
de los vicios el veneno.  
Desde la cuna potente,  
dichoso desde la cuna,  
no encontró gloria ninguna  
que conquistarse valiente.  
Todo lo tuvo al nacer;  
de todo pudo abusar;  
poseyó sin desear  
y disfrutó sin placer.  
Vió en sus dioses vanos nombres,  
sus caprichos en las leyes,  
su herencia en el mundo... ¡y greyes,  
viles greyes en los hombres!  
¡Sigue!

RUB.

JOAQ.

DAN.

¡Sigue!

Saciado

de mando, grandeza y goces,  
ya con arrugas precoces  
se halla su rostro surcado,  
y en la edad bella y florida,  
mústia y enervada su alma,  
se postra sin hallar calma,  
por el tédio consumida.  
¡Tal es el rey Baltasar!  
¡Tal la extraña situacion  
en que lo vé esta nacion,  
que desdeña gobernar!  
Aquel príncipe absoluto  
que manda en provincias tantas,  
y á cuyas soberbias plantas  
los reyes rinden tributo,  
de su molicie al exceso  
y por desprecio al poder,  
en manos de una mujer  
del cetro depone el peso.  
¿Su madre?...

JOAQ.

DAN.

Que es generosa  
y de su imperio no abusa,  
aunque de hacerlo la acusa

toda la corte celosa.  
Son por su influjo ofendidos  
los que ejercerlo ambicionan,  
y su virtud no perdonan  
los sátrapas corrompidos.

JOAQ.

¿Rabsares?..

DAN.

Cobarde adula

á la misma en cuyo daño,  
con maña y talento extraño  
las intrigas acumula;  
mas todas hasta el presente  
se estrellan en la desidia  
del rey, y en balde la envidia  
con él se esfuerza elocuente.

Ministros y cortesanos  
por sacarle de tal sueño,  
se ligan con grande empeño,  
y agotan arbitrios vanos.

JOAQ.

Pero... (Con ansiedad.)

RUB.

¿Y Elda?.. (Vivamente.)

DAN.

Entre millares

de recursos que se inventan,  
uno hay nuevo, con que cuentan  
por consejo de Rabsares.

JOAQ.

¿Cuál?.. (Con ansiedad.)

DAN.

Del amor la energia

presumen la reanime,  
si con su fuego sublime  
enciende aquella alma fria!

RUB.

¡Qué?..

DAN.

Las mujeres mas bellas

que adornan el régio haren  
ya solo alcanzan desden...

JOAQ.

¡Acaba!..

DAN.

¡Pero hay doncellas

de pureza inmaculada  
entre la gente judia!..

RUB.

¿Y osarán?..

DAN.

¿Qué gerarquia

pudiera ser respetada!

JOAQ.

¡Justo Dios!

DAN.

Conozco el plan;

sé lo que intentan malvados,  
que sentimientos sagrados  
con perfidia explotarán.

Sé que las nobles piedades  
de la princesa á quien venden,  
es el manto en que pretenden  
envolver iniquidades...

¡Sé que han visto á mi sobrina,  
que nos la quieren robar,  
destinando á Baltasar  
su belleza peregrina!..

RUB. ¡Ah!.. ¡corramos!

DAN. ¡Rúben!..

JOAQ. ¡Muero!

*(Cae desfallecido en el banco.)*

RUB. ¡Juro salvar á mi esposa!

DAN. ¡Tente!.. ¡Oh Dios! esa espantosa  
agitacion...

RUB. ¡Golpe fiero  
te anuncia!—¡Sígueme!

DAN. ¿Adónde?

RUB. ¡Al alcázar del tirano!

JOAQ. *(Con desesperacion.)*

¡Yo mismo la entregué insano!

RUB. ¡Salvarla me corresponde!

*(Se vá precipitadamente.)*

JOAQ. ¡Oh! ¡si! ¡sálvala, hijo mio!

DAN. *(Levantando las manos al cielo y avanzando al medio del teatro.)*

¡Rey de reyes! ¡tu voz mande!

¡¡Yo mi causa te confío,  
porque tú solo eres grande!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Es de noche.—El teatro representa los jardines del palacio de Babilonia, decorados con fuentes, obeliscos, estatuas, etc., y profusamente iluminados —A la derecha, lujosos asientos para el rey y su madre, bajo dosel de flores.—Al fondo, por entre alamedas en que se pierde la vista, aparecen grupos de mujeres ataviadas con magnificencia, que templan instrumentos músicos, tejen guirnaldas, y queman perfumes en pebeteros de oro.

### ESCENA PRIMERA.

NITÓCRIS, RABSARES, *saliendo ambos por la derecha.*

NIT. Todo está bien; ¿mas qué causa tiene tan súbita fiesta?

RAB. Para distracción del rey la han dispuesto con su vénia los ministros.

NIT. ¡Distracción!.  
¿Pues qué cuidados le asedian?  
¡Harto olvida Baltasar que empuña un cetro su diestra!

RAB. Si nuestro augusto monarca suele, señora, dar treguas á los deberes del trono,

bien á sus reinos compensa  
de aquella leve desidia  
tu maternal providencia.  
Tú mandas cuando el rey calla;  
cuando él se aduerme tú velas;  
y tu gloria se engrandece  
cuanto mas la suya amengua.  
¿Qué no debe Babilonia  
á tu bondad?

NIT. Basta: cesa.

RAB. Si el Eufrates caudaloso  
se apartó de su carrera  
durmiendo en lagos profundos,  
que aun hoy absorta contempla  
nuestra vista; si al soltarse  
con impetuosa soberbia  
para volver á besar  
sus dos distantes riberas,  
las encontró ya enlazadas  
con puente inmenso de piedra...  
Si murmurando sus ondas  
corren, en canales presas,  
y con mil giros tortuosos  
vastísimos campos riegan;  
¿qué mano sino la tuya  
pudo obras tan gigantescas  
llevar á cabo, y legarlas  
al porvenir para eterna  
gloria del asirio nombre?

NIT. Hay quien beneficios siembra  
y recoge ingratitudes.

RAB. (Turbad.) Señora...

NIT. Se juzga afrenta

que rija mi débil mano  
de un grande estado las riendas.

RAB. Yo ignoro... (¿Me habrán vendido?)

NIT. Contra mi planes conciertan  
los sátrapas —No te turbes,  
ni en tu pecho el temor quepa  
que yo no acojo en el mio.  
¡Plegue á los dioses que sean  
de mis contrarios los votos

- cumplidos!—Que de su inercia  
saliendo al fin Baltasar  
llenar sus deberes quiera,  
y yo en modesto retiro  
gozando oscura existencia,  
de su glorioso reinado  
admire ilustres empresas!
- RAB. Para ese empeño, señora,  
poco son humanas fuerzas.
- NIT. ¡Ah! ¡no! yo tengo esperanza.  
No se postra por flaqueza  
del rey el ánimo grande.  
Duerme su alma, no está muerta.
- RAB. ¿Y presumes?...
- NIT. Que habrá día,  
y aun acaso ya esté cerca,  
en que salga del letargo  
por sacudida violenta.
- RAB. (¿Sospechará?...)
- NIT. Del reposo  
que su viril pecho enerva,  
puede arrancarlo el peligro  
que á mi mujer me amedrenta.
- RAB. Un peligro?...
- NIT. Se coligan  
contra nos Medos y Persas.
- RAB. Aun guardan en sus cervices  
del yugo asirio las huellas  
esas naciones, que al nombre  
de Babilonia se aterroran.  
Si olvidáran lo pasado  
aun ven surgir por do quiera,  
para escarmiento de audaces,  
leccións harto sangrientas.  
Que le pregunten á Tiro  
si la salvó su opulencia  
del rigor de nuestro enojo.  
¡Que alcen Samaria y Judea  
su abatida faz, y digan  
qué hicimos de sus diademas!
- NIT. ¡Ay! esos pueblos hollados  
en nuestro seno se albergan,

- circulando la venganza  
sorda y profunda en sus venas.  
Ser como Dios adorado  
de las naciones sujetas  
por sus armas, de Nabuco  
fué la ambición altanera,  
y desdeñó el ser querido:  
Baltasar su orgullo hereda,  
sin que su gloria le excuse  
ni sus triunfos le enaltezcan.
- RAB. Pero tus nobles piedades  
los enconos que ponderas  
aplacar saben. ¿No gozau  
de tu proteccion excelsa  
los cautivos de Judá?  
Daniel, porque tú lo ordenas,  
¿uo es del pueblo venerado  
y entre los sabios se cuenta?  
¿No se abren de las prisiones  
á tu mandato las puertas,  
y hasta al ciego destronado  
no ha llegado tu clemencia?
- NIT. ¡El corto bien que hacer pude  
cuánto ya los dioses premian,  
dándome el afecto puro  
de un alma cual noble tierna!—  
Es un tesoro, Rabsares,  
de gracia y virtudes Elda.
- RAB. Por mi consejo piadoso  
hoy á tu lado se encuentra.
- NIT. Sí, mi pecho agradecido  
la obligacion te confiesa.
- RAB. Pues ahora depon temores,  
indignos de tu alma régia,  
que Baltasar se aproxima  
y aqui su ministro llega.
- NIT. Al encuentro de mi hijo  
debo correr la primera.  
*(Se vá por la izquierda al entrar Neregel,  
que la saluda inclinándose profundamente,  
y luego se llega á Rabsares, que le sale al  
encuentro.)*

## ESCENA II.

HABSARES, NEREGEL.

- RAB. ¡Neregel!..  
NER. ¿Verá esta noche  
el rey á la esclava hebrea?  
RAB. Entre sus damas la trae  
la reina  
NER. ¿Y nada sospecha?  
RAB. Pone en mí su confianza:  
ni aun columbra nuestra idea.  
NER. ¿Y es tan grande la hermosura  
de esa esclava...  
RAB. Vas á verla:  
aquí viene.  
NER. Yo me aparto.

## ESCENA III.

LOS MISMOS, ELDA, DAMAS.

- RAB. (*Saliendo al encuentro de Elda.*)  
Recibe jóven...  
ELDA. ¿La reina?..  
RAB. Recibe mis parabienes.  
Con tu dicha se enajenan  
corazones que tomaban,  
no ha mucho, parte en tus penas.  
ELDA. Gracias.—Busco á mi señora.  
RAB. Con su hijo augusto se acerca,  
pues la régia comitiva  
ya en estos jarlines entra.  
(*Comienza á entrar el séquito real.*)  
(*A sus compañeras.*)  
ELDA. A nuestro puesto corramos:  
RAB. (*Bajo.—Deteniéndola.*)  
No olvides, noble doncella,  
que á un gesto de Baltasar  
se quebrantan las cadenas  
de los míseros cautivos.

ELDA. Que de Dios cumplida sea  
la voluntad soberana.

### ESCENA IV.

LOS MISMOS, RÚBEN, *entre los de la comitiva, con traje babilonio, y despues BALTASAR y NITÓCRIS. La comitiva que precede á Baltasar, compuesta de cortesanos y esclavos, se extiende por ambos lados del teatro, donde tambien se colocan las damas de la reina. Del fondo se destacan las esclavas del rey á la entrada de este.*

ELDA. *(Que al ir por la izquierda á recibir á Nitócris se encuentra con Rúben.)*  
¡Ah!...

RUB. ¡Silencio! ¡no te pierdas!  
*(Este corto diálogo, muy vivo y en voz baja.)*

ELDA. ¡Tú disfrazado!.. ¡tú aquí!

RUB. Se halla en riesgo tu inocencia.

ELDA. ¡Cielos!...

RUB. ¡Pero yo la guardo!

ELDA. Si te descubren...

RUB. ¡No temas!

*(Hace seña á Elda de que continúe, y ella sale un instante en pos de sus compañeras, para entrar en seguida con la reina.)*

NER. *(Bajo á Rabsares.)* Me parece que la esclava  
y aquel hombre, con cautela  
breves palabras trocaron.

RAB. *(Sin mirar á Rúben, que se oculta entre otros.)*

¡Si es en la córte extranjera!

Hé aquí al rey.

NER. *(A las mujeres del rey, que se agrupan al fondo)*

Nubes de aromas  
por todo el aire se extiendan,  
y de sus gracias y encantos  
alarde haciendo las bellas,  
resuenen plácidos sonos

que ufano el eco devuelva!  
(Rompe una música suave, que se supone de cítaras y otros instrumentos que tañen las esclavas; mientras varias de ellas esparcen perfumes, y otras se adelantan con cadenciosos pasos, al compás del himno que entonan las demás, formando en el centro graciosas figuras y mudanzas, y entrelazando guirnaldas que al fin de la danza rinden á los pies del rey.—Baltasar entra con su madre al comenzar el himno; atraviesa la escena y va á sentarse en el diván dispuesto para él, ocupando Nitócris su izquierda.—Todos se inclinan profundamente al entrar el rey.)

HIMNO.

Deslumbra con sus rayos  
la majestad suprema  
que brilla en la diadema  
del nieto de Nemrod.

Fatigan á los vientos  
los ecos de su fama;  
la tierra le proclama  
de Babilonia dios.

Suyo es cuanto el Eufrates  
con su caudal fecunda,  
cuanto el Tigris circunda,  
cuanto baña el Jordan.

Los dioses le sonrien,  
le adoran los amores,  
y ante sus pasos flores  
derrama la beldad.

BALT. ¡Basta! (Con cansancio.)

NER. Señor, prosternada  
á tus plantas la hermosura,  
benedicirá su ventura  
si le das una mirada.

BALT. (¡Siempre lo mismo!...)

- NER. Temblando  
oso esperar que la fiesta  
para obsequiarte dispuesta,  
mires con aspecto blando.
- BALT. Si... despliegas mil primores...  
me circundas de placeres...  
*(Levantándose y dando con el pié á las  
guirnaldas extendidas ante él, pasa sin  
mirarlas por entre las mujeres arrodilla-  
das, que se levantan confusas y avergon-  
zadas.)*  
¡Mas váyanse esas mujeres  
y arroja de aqui estas flores!
- NER. Perdone mi rey... *(Todo turbado.)*
- RAB. *(¡No hay medio!)*
- BALT. ¡Tanto incienso me sofoca!
- NER. *(Balbuciente.)*  
Queriendo en mi audacia loca  
luchar contra el hondo tédio  
que solo te causa enojos...
- BALT. ¿Fué tu arbitrio omnipotente  
el condensarme el ambiente  
y el fatigarme los ojos?
- NER. *(Doblando una rodilla.)*  
Torpe soy... que tu clemencia...
- RAB. *(Tambien en ademan suplicante.)*  
Discúlpelo, oli rey, su celo.
- NIT. Fué complacerte su anhelo.
- BALT. Bien está — ¡Tendré paciencia!  
Mas di, Neregel, ¿no hay nada  
nuevo en el mundo?
- NER. Señor...
- BALT. ¿No hay mas que viejo esplendor?  
¿No hay mas que pompa gastada...  
placeres que se acumulan  
y ni aun vil antojo encienden...  
hermosuras que se venden  
y cortesanos que adulan?  
*(Todos los cortesanos confusos se miran  
unos á otros, y las mujeres se desvian hu-  
milladas.)*
- NER. Señor...

BALT.

Si quieres vencer  
este infecundo fastidio,  
contra el cual en balde lidio,  
porque se encarna en mi ser,  
¡muéstrame un bien soberano  
que el alma deba admirar!...  
y que no pueda alcanzar  
con solo extender la mano.

Dame, no importa á qué precio,  
alguna grande pasion  
que llene un gran corazon  
que solo abriga desprecio.

¡Enciende en él un deseo  
de amor... ó de odio y venganza!  
¡pero dame una esperanza  
de toda mi fuerza empleo!  
¡Dame un poder que rendir...  
crímenes que cometer,  
venturas que merecer  
ó tormentos que sufrir!

¡Dame un placer, ó un pesar  
digno de esta alma infinita,  
que su ambicion no limita  
á solo ver y gozar!...

¡Dame, en fin, cual lo soñó  
mi mente en su afan profundo,  
algo... mas grande que el mundo!  
algo... mas alto que yo!

NER.

Un imposible deseas.

RAB.

No es dable, gran rey, que exista  
ni fuerza que te resista,  
ni dicha que no poseas.

BALT.

¿Si?... ¡conque soy tan dichoso!

NER.

¡Los inmortales te envidian!

BALT.

Quizá tambien se fastidian  
de su sublime reposo.

¡Oh Neregel! si es verdad  
que el agradarme es tu intento,  
hazme olvidar un momento  
mi inmensa felicidad! (*Vuelve á sentarse.*)

NIT.

Pues te djeron, oh hijo mio,  
tan vasto imperio los cielos,

- te imponen hartos desvelos  
con que llenar el vacío  
de esa alma grande y ardiente.  
¿Por qué, pues, se ostenta en vano  
el sacro cetro en tu mano,  
la áurea corona en tu frente?
- BALT. ¿Y qué he de hacer?  
NIT. ¡Gobernar!  
BALT. Sobran en los pueblos leyes.  
NIT. Pero es deber de los reyes  
el hacerlas observar.
- BALT. ¿Y será el mundo mas bueno  
si ese cuidado me afana?  
¿No lleva la especie humana  
desórden, vicio en su seno?  
¿Castigo y premio, señora,  
qué bienes han producido?  
¿Lo mismo que antes han sido,  
no son los hombres ahora?
- NIT. Pero rigiendo á esos hombres  
tus preclaros ascendientes,  
se hicieron armipotentes  
y eternizaron sus nombres.
- BALT. (*Con sarcasmo amargo.*)  
¡Oh!... ¡si!... yo envidio su suerte  
y en esto, madre, me fundo...  
¡Los hizo dioses el mundo  
á par que polvo la muerte!
- NIT. Son sus glorias inmortales.  
BALT. ¿Y en qué consisten sus glorias?  
NIT. ¡En conquistas, en victorias  
que conserva en sus anales  
el tiempo!
- BALT. Yo no haré guerra,  
que brinde pasto á los cuervos,  
por un palmo mas de tierra  
y un rebaño mas de siervos.
- NIT. ¿Mas no tiene un rey deberes?...  
BALT. ¡Si! devorar su impotencia.  
NIT. ¿Qué mal sufres?  
BALT. ¡La existencial!  
NIT. ¿No encuentras do quier placeres;

- y no lo es grande, señor,  
prestar consuelo al que llora?
- BALT. Soy tan dichoso, señora,  
que tengo envidia al dolor!
- NIT. El derramar beneficios...
- BALT. Se convierten en veneno  
cayendo en indigno seno.
- NIT. Méritos hay.
- BALT. Sobran vicios.
- NIT. Mas es la virtud bien sumo...
- BALT. Que no alcanzan los humanos.
- NIT. Los dioses...
- BALT. Son nombres vanos.
- NIT. La gloria eternal...
- BALT. Es humo.
- NIT. *(Despues de una breve pausa.)*  
Señor, los pueblos que riges...
- BALT. No dirán que los oprimo.
- NIT. Su admiracion...
- BALT. No la estimo.
- NIT. Con tal desden los afliges  
y excitas murmuraciones.
- BALT. De insectos sordos zumbidos  
no llegan á mis oidos.
- NIT. ¡Ah!.. tu solio en riesgo pones.
- BALT. *(Levantándose.)*  
¿Y qué es un solio? ¿Qué son  
su pompa y brillo fulgente,  
si no remontan la mente  
ni dan vida al corazon?  
Yo, nacido en esta altura,  
no puedo, madre, admirarla...  
gloria fuera el conquistarla;  
su posesion no es ventura!
- NIT. Recordar, aunque te asom bres,  
al gran Nabuco debieras.
- BALT. Se fué á olvidar entre fieras  
la gloria de regir hombres.
- NIT. Solo decirte me resta...
- BALT. ¡Nada mas!—Mi poderio  
á tu excelsa mano fio.—  
Siga, Neregel, tu fiesta.

- RAB. (*Vuelve á sentarse y á caer en su apatía.*)  
 (A la reina.)  
 en la música descuella  
 toda la judáica gente;  
 que hoy ante el monarca ostente  
 su talento esa doncella. (*Indicando á Elda.*)  
 Llega, jóven; tu señora  
 quiere escuchar tus acentos.
- NIT. (*Señalando al rey.*)  
 Que sus tristes pensamientos  
 disipe tu voz sonora.
- ELDA. ¡Oh reina! excúsame pia,  
 pues en triste cautiverio  
 no hallo voz en el salterio  
 ni hay en mi acento armonia.
- RAB. ¡Te niegas!..
- ELDA. (*Con dignidad.*) Solo las aves  
 divierten á su opresor,  
 exhalando su dolor  
 entre cánticos suaves. (*Baltasar la mira.*)  
 ¡Cómo!..
- RAB. ¡Qué dices?..
- NIT. ¡No hay ya
- ELDA. para el Dios del cielo altares,  
 ni festejos ni cantares  
 para la viuda Judá!  
 Pende su arpa sin sonidos  
 del sauce de estas riberas,  
 do las brisas extranjeras  
 solo le arrancan gemidos...  
 ¡Que en la infausta soledad  
 es el llanto nuestro acento...  
 y alas no halla el pensamiento  
 en donde no hay libertad!
- NER. ¡Insolente!..
- NIT. (*Con interés.*) El rey te escucha.
- BALT. ¡Y te manda cantar!
- ELDA. ¡No!  
 ¡No puedo obedecer!
- RAB. ¡Oh!
- NER. ¡Te pierdes! (*Bajo á ella.*)  
 ¡Qué audacial!

- (Movimiento entre los cortesanos escandalizados.)
- NIT. Es mucha  
tal resistencia, Elda mía.
- ELDA. ¡Mi pueblo gime, señora,  
bajo atroz yugo!
- BALT. ¿Y se ignora  
entre esa turba judía,  
que de su rey y señor  
es la voz sagrada ley?
- ELDA. En tí ven su vencedor,  
pero no acatan su rey.
- NIT. ¡Elda!
- RAB. (En voz baja y con espanto.)  
¡A muerte te condenas!
- NIT. (Bajo también.)  
¡Cede por los dioses!
- NER. (Poniéndole el salterio en las manos )  
Toma,  
esclava, y tu orgullo doma!
- ELDA. No hay en el mundo cadenas  
que rindan la voluntad!  
(Arroja el salterio. Gran agitacion. Baltasar se levanta y la mira con sorpresa, pero sin cólera.)
- NER. ¡Dioses!..
- RAB. ¡Infeliz!..
- NIT. ¡Qué has hecho?  
(Al rey.) ¡Oh, señor! que halle en tu pecho  
su insano arrojó piedad.
- RAB. (También suplicante.)  
Tiene á su padre en prision  
y tu indulgencia merece.
- BALT. (Después de mirarla un instante.)  
Pedirmela no parece.
- NIT. (Acercando á Elda.)  
Llega á implorar tu perdon  
á sus plantas
- RAB. ¿No te humillas?..
- ELDA. Las gentes de mi creencia  
solo de Dios á presencia  
deben doblar las rodillas.

- NIT. (*Con tono de reconvencion dolorosa.*)  
¡Jóven!..
- RAB. (*¡Todo está perdido!*)  
NER. (*¡No cabe mayor exceso!*)  
(*Pausa de general asombro y espectacion.*)
- BALT. Y su padre, que está preso,  
¿qué crimen ha cometido?
- ELDA. El defender su corona  
que el tuyo abatió tirano.
- RAB. ¡Calla!
- BALT. ¡Joaquin!..
- NIT. Ese anciano,  
á cuyo nombre aun se encona  
tu odio, señor, gran castigo  
tuvo ya.
- ELDA. ¡Con saña impia  
hasta de la luz del dia  
lo privó vil su enemigo!
- RAB. ¡Qué!..  
(*Con nuevo asombro de la audacia de Elda.*)
- NIT. ¡No mas!
- BALT. (*A Neregel.*) Sin dilacion  
libre quede, y de tu cuenta  
corre el señalarle renta  
digna de su condicion. (*Sorpresa general.*)
- NER. ¡Cómo!..
- NIT. (*A Rabsares.*) ¡Venció la piedad!
- RAB. (*¡O el amor!.. Logré mi idea.*)
- ELDA. (*Juntando las manos con gratitud.*)  
¡Ah señor!..
- BALT. (*A Neregel, que le mira dudoso.*)  
Cumplida sea  
al punto mi voluntad!
- NER. (*Inclinándose.*) Te obedezco.
- NIT. Y yo te pido  
que tu alta vénia me des  
para mandar á tus piés  
al anciano agradecido.  
(*Se va presurosa con Neregel, y la siguen  
sus damas.*)
- ELDA. ¡Vamos de la reina en pos!
- BALT. (*Deteniéndola.*) Tú no.

- ELDA. Rey...  
BALT. Hablarte ansío.  
¡Salid todos!  
RUB. (*Que ha seguido con ansiedad toda la es-*  
*cena.*) (¡Ah!!)  
RAB. (¡Ya es mió!)  
Obedezcamos. (*A los cortesanos.*)  
(*Se van todos, menos Rúben.*)  
ELDA. (¡Gran Dios!  
¡Sostenme!)  
RUB. (¡Si los consejos  
de la ira escucho!..)  
BALT. ¿Qué aguardas,  
que en obedecerme tardas?  
(*Elda mira á su amante con actitud supli-*  
*cante: él vacila; pero cede.*)  
ELDA. ¡Oh!..  
RUB. Nada...  
BALT. ¡Sal!  
RUB. (¡No iré lejos!)

### ESCENA V.

BALTASAR, ELDA: *momento de silencio.—Baltasar se sienta.*

- BALT. Doncella de Judá, gracia has hallado  
de tu rey á los ojos.  
ELDA. Lo que has hecho  
sabe, señor, agradecer mi pecho.  
BALT. Es leve muestra de mi augusto agrado.  
Tu soberbia me encanta.—Si; tu acento  
no deben escuchar esclavos viles,  
que á tus plantas verás, como reptiles,  
á una mirada mia, un movimiento.  
¡Para mí solo tus cantares guarda;  
para mí solo tu hermosura altiva!  
ELDA. (¡Qué oigo!..)  
BALT. ¡Mi sangre á tu mirar se activa!  
Llega. Acércate mas.—¿Qué te acobarda?  
ELDA. ¡Tal lenguaje, señor!..  
BALT. Triunfo brillante

alcanzas hoy, y que beldad ninguna  
pudo pedirle osada á la fortuna.  
¡Tú has conmovido un pecho de diamante!  
Mira en mis ojos tu ventura escrita;  
gózate en tu atractivo, que me inflama,  
y corriendo al harem leda proclama  
que eres desde hoy mi esclava favorita.

ELDA. ¡Yo!..

BALT. Mi eleccion te eleva á gloria tanta.

ELDA. ¡Yo en tu harem!..

BALT. ¡Brillarás entre millares!

¡Cesen ya, pues, los llantos y pesares;  
depon el ceño y la cerviz levanta!

ELDA. ¡No mas, señor! ¡Engañase tu mente,  
ó no te entiendo yo.—Sueño sin duda!

BALT. (*Levantándose.*)

¡Pues que el amor á despertarte acuda!

ELDA. ¡Tente!..

BALT. ¡Cómo!.. (*Con asombro.*)

ELDA. ¡Señor! ¡llegar no intente

tan loco amor á mí!—¡Nací judía!

BALT. (*Despues de un momento de suspension.*)

Yo soy quien dudo si me agita un sueño.

¿No soy yo Baltasar?.. ¿No soy tu dueño?

ELDA. ¡Mi vida es tuya, pero mi alma es mia!

BALT. ¿Qué dice?..

(*Como alumbrado por una idea súbita.*)

(¡Ah! sí; tan hábil resistencia

incentivo eficaz presta al deseo.)

Gracias te doy, mujer, pues ya no veo  
siempre en torno de mí muda obediencia.

¡Te miro á tí! Tu seductor desvío,  
tu soberbia beldad, tu ingenio raro...

y á ningun precio me parece caro  
el bien que aguarda de tu amor el mio.

¡Oh! ¡tásalo tú misma! ¡Ten audacia!

Lo que quieras demanda, y lo prometo.

ELDA. ¡Te pido, Baltasar, aquel respeto

á que tiene derecho la desgracia!

No de orgullosa mi nacion se precia,

y acato el cetro de que tú dispones...

pero guarda tu amor, guarda esos dones

- que en su humildad mi corazón desprecia.
- BALT. *(Mas y mas asombrado.)*  
¡Los desprecia!..
- ELDA. ¡Si, rey! ¡que si ambicionas  
comprarme la virtud, que es mi tesoro,  
no basta de cien mundos todo el oro,  
ni son nada en tu frente mil coronas!  
*(Hace ademan de irse.)*
- BALT. ¡Aguarda!
- ELDA. ¡No! ¡no mas!
- BALT. ¡Yo te lo ordeno!
- ELDA. ¡Señor!
- BALT. *(Impaciente.)* ¡Ya basta!—Admiro la fiereza  
que nuevo hechizo añade á tu belleza,  
y por honrarla mi anhelar refreno...  
pues me place deberle á tu albedrio  
el grato triunfo cuyo precio aumentas:  
mas no prolongues el teson que ostentas  
hasta cansar mi sufrimiento!
- ELDA. *(¡Impio!)*
- BALT. Que ya esta lucha se termine quiero.
- ELDA. ¿Puedes vil abusar?..
- BALT. *(Interrumpiéndola.)* Concedo amante  
que de mi dicha escojas el instante.
- ELDA. ¡Eso nunca! ¡jamás!—¡Morir primero!
- BALT. *(Con cólera.)*  
¿Nunca?.. ¿jamás?..
- ELDA. ¡Jamás!
- BALT. ¿Te atreves loca?..
- ELDA. ¡Cumplo un deber!
- BALT. ¡Son leyes mis antojos!
- ELDA. ¡Las de Dios guardo!
- BALT. ¡Teme los enojos  
que tan absurda obstinacion provoca!
- ELDA. ¡Solo temo el delito!
- BALT. ¡Está en mi mano  
un cetro del que tiemblan las naciones!
- ELDA. ¡Para rendir, señor, los corazones,  
no alcanza el cetro de ningun tirano!
- BALT. ¡Esclava!..
- ELDA. ¡Tu furor no me intimida  
ni tu grandeza y majestad me asombra,

que un poder ante el cual el tuyo es sombra  
protege mi inocencia desvalida!

BALT. *(Como fuera de sí y asiéndola por un brazo.)*  
¿Dónde está ese poder? ¿Dónde, insensata,  
que haces que en ira mi favor se mude?  
¿Quién mi suprema voluntad no acata?  
¿Quién á salvarte de mi antojo acude?  
*(Rúben se lanza entre los dos.)*

### ESCENA VI.

LOS MISMOS, RÚBEN, y luego RABSARES y CORTESANOS.

RUB. ¡Yo, déspota!

ELDA. *(¡Gran Dios!)*

RUB. ¡Mientras yo viva  
no esperes conseguir tu indigno anhelo!

BALT. *(Suspense de asombro.)*

¿Quién es este demente?..

ELDA. *(¡Justo cielo!)*

RUB. Un hombre soy que en saña vengativa  
se abrasa contra tí. — Patria, opulencia,  
dicha, gloria, poder... todo arrancado  
por los tuyos me fué; pero he guardado  
este odio que mantiene mi existencia  
y amenaza la tuya!

ELDA. ¡Oh! ¡Qué profieres!  
*(Baltasar se acerca al lado por donde sa-  
lieron sus cortesanos.)*

RUB. ¡Llama á tu córte, sí; llama, ¡cobarde!  
á esa turba de esclavos y mujeres,  
haciendo entre ella de tu fuerza alarde.

ELDA. ¡Rúben! ¡piedad de mí!..

BALT. *(Volviendo hácia él.)* ¿Quien soy ignoras?

RUB. No: ¡te conozco bien! Sé que á tu frente  
ciñes una diadema que desdoras  
y no sabrias defender valiente.  
Sé que sin gloria, sin virtud, sin brio,  
cansado de tí propio, entre perfumes  
tu inútil vida cual mujer consumes,  
mísera presa de infecundo hastio.  
Sé que á la ley de tu capricho loco,

- viendo postrado un pueblo envilecido,  
la inmensa humanidad tienes en poco,  
y hasta de Dios blasfemas descreído.  
¡Mas por él, Baltasar, reinan los reyes,  
que deben ser su imágen; y es en vano  
pida respeto al mundo el vil tirano  
que impera solo sobre indignas greyes!  
*(Mientras que pronuncia Rúben los anteriores versos, entran en la escena Rabsares y algunos cortesanos; pero atónitos de lo que escuchan permanecen un instante suspensos.)*
- CORTS. ¡Ah!... *(Lanzándose á él todos, con una exclamacion de ira.)*
- BALT. *(Llevando la mano á su espada, pero deteniéndose al llegar junto á Rúben, que le presenta su pecho.)*  
¡Miserable!
- ELDA. *(Interponiéndose)* ¡No!...
- RUB. ¡Hiere! Cercado  
de cien aceros, descargar el tuyo  
puedes impunemente.—Desarmado  
entre asesinos tantos, no les huyol
- BALT. *(Cuyo rostro revela el asombro que le causa su propio furor, y que se lleva la mano al pecho con una especie de júbilo al sentir su agitacion.)*  
¡Ah!... ¡corazon!...
- RUB. ¿Qué dudas? ¡Hiere! acaba  
de un golpe mi existencia, pues la anima  
un alma nunca de tu cetro esclava.  
Un alma que en los hierros se sublima  
como la tuya en el dosel se abate,  
y que ufana al romper tu indigno yugo,  
te deja en este, desigual combate,  
por toda gloria el lauro de verdugo!
- BALT. *(Con estremecimiento de cólera, y de gozo por sentirla.)*  
¡Oh!...
- RAB. ¡Perezca!
- ELDA. ¡Infeliz!...
- BALT. *(Deteniendo las espadas que se levantan sobre la cabeza de Rúben.)*

¡Nadie le toque!

*(Larga pausa.)*

¿Quién es este hombre?

RAB. Un hijo del judío  
cuyas cadenas quebrantaste pio.

BALT. ¡Su hermano!

ELDA. ¡Oh, sí! Tus irás no provoque.  
Sé piadoso, señor, pues eres fuerte.

RUB. *(Con tono de reconvencion.)*

¡Elda!...

ELDA. *(Siempre suplicante.)*

No mires su culpable audacia,  
recuerda solamente su desgracia.

¡De todo, oh rey, lo despojó la suerte!

RUB. ¡No del valor y la virtud!

ELDA. Yo sola

la causa soy del criminal exceso...

Caiga en mí, pues, de tu rigor el peso.

¡Salva la suya y mi existencia inmola!

RUB. ¡Basta!

RAB. ¡Señor! tus órdenes espero.

BALT. ¡Esta esclava á mi harem!

ELDA. ¡Ah!!

*(Cae desfallecida en brazos de los cortesanos, que se la llevan.)*

RUB. *(Sacando un acero que lleva escondido bajo su disfraz de esclavo babilonio.)*

¡Muerta antes!

*(Al arrojarle á Elda, á quien se llevan algunos cortesanos y guardias, Baltasar le detiene asiéndole vigorosamente por el brazo. Rúben hace la siguiente exclamacion trémulo de rabia.)*

¡Oh!... ¡Tiembla!

BALT. *(A los suyos.)* ¡Salid!

RAB. Rey... *(Con asombro y duda.)*

BALT. *(Con ademán imperioso.)*

¡Que salgais quiero!

*(Los cortesanos se van admirados. Rúben mismo, atónito de la accion del rey y sin acertar cuál puede ser su intencion, se queda suspenso.)*

## ESCENA VII.

BALTASAR, RÚBEN.

- RUB. (¡Solo conmigo... aquí!...)
- BALT. (Volviendo á él.) Ya estan distantes.
- RUB. ¡Qué! ¡presumes?...
- BALT. (Con alegría terrible.)  
¡Que un hombre hallar consigo  
que se me opone con rencor acervo!  
¡Mas ay de tí, si ataco al enemigo  
y tu flaqueza me descubre al siervo!  
(Embiste impetuosamente á Rúben, que turbado, desprevenido, ciego por su propia ira y su asombro, es desarmado al momento.)
- RUB. ¡Ah!...
- BALT. (Señalándole su acero caído.)  
¡Levántalo!
- RUB. ¡No!—Hé aqui mi pecho.
- BALT. (Con desden, y envainando su espada.)  
Alza tu acero, mísero insensato.
- RUB. (Con desesperacion.)  
¡Mátame! Dios te otorga ese derecho  
y yo su fallo incomprendible acato.  
¡Mátame!
- BALT. (Con ironia amarga.)  
¡Ya lo ves!—Ese Dios justo  
que todo lo ordenó con su sapiencia,  
y del que debo ser remedo augusto,  
hizo—mostrando su alta providencia—  
que presa del leon fuese el cordero,  
del águila el milano, del milano  
la paloma indefensa.—El mundo entero,  
—¡obra estupenda de la excelsa mano!—  
do quier la ley te muestra inexorable,  
que hace que al débil lo devore el fuerte,  
al chico el grande, el rico al miserable...  
¡Esto tu suerte explica, esto mi suerte!
- RUB. ¡Aniquílame pues!
- BALT. ¡No!... Te perdono...

porque te debo mas que le he debido  
á mi grandeza, al mundo, al régio trono!  
¡Aqui hallé una emocion! ¡Aqui he sentido  
arder mi pecho en poderosa sañal...  
¡Cuánto en ella gocé!... ¡Si! no te asombre;  
pues al fin logro con ventura extraña  
olvidar que soy rey, sintiéndome hombre!  
¡Eres libre! (*Se vá.*)

### ESCENA VIII.

RÚBEN, luego JOAQUIN, y al final de la escena DANIEL.

RUB. (*Con desesperacion.*)

¡Yo!... ¡yo!... ¡yo perdonado!...  
¡yo vencido por él! ¡Oh postrer mengua!  
¡Antes que llegue á blasfemar mi lengua,  
(*Levantándolo.*)  
rompe mi pecho, acero deshonorado!  
¡Ah!... ¡no soy dueño de mi infausta vida!...  
(*Deteniéndose.*)  
¡Dios me la dió... y aunque al honor no cuadre  
él quiere que la arrastre envilecida!...  
¡Mas no puedo, Señor!

JOAQ. (*Dentro*) Rúben...

RUB. ¡Mi padre!

JOAQ. (*Saliendo á la escena.*)

A este lugar un hombre me conduce  
por órden de la reina, y se me anuncia  
que nuestra gracia Baltasar pronuncia.  
¡Rúben!... ¡Elda!... ¡Venid!—Si no seduce  
un sueño mis sentidos...

RUB. ¡Padre!...

JOAQ. ¡Oh hijo!  
Que Elda llegue tambien... que llegue presto,  
bendiciendo al Señor, pues ha dispuesto  
trocar la desventura en regocijo.  
¿En dónde, en dónde está?

RUB. (*¡Cielos!...*)

JOAQ. ¡Qué!... ¿Callas?..

¿y tu mano temblar siento en la mia?..

- RUB. (¡Mísero corazón! ¿Por qué no estallas?)  
JOAQ. ¿Rúben!... ¡Habla por Dios! ¡Vé mi agonía!  
¿Tu esposa dónde está?..
- RUB. ¡Cesa!  
JOAQ. (Con grande agitacion.) ¡Inhumano!  
¡No quieres responder! ¡Oh hija adorada!  
¡Yo te sabré buscar!..
- RUB. (Con desesperacion.) ¡Búscala, anciano,  
y la hallarás perdida, mancillada!  
JOAQ. ¡Ella!.. ¿y lo dices tú?..  
RUB. ¡Yo, miserable,  
que mi vergüenza aquí gimo impotente!  
¡Yo, que á la faz del cielo inexorable,  
que ni aun la muerte á mi dolor consiente,  
pondré á mi suerte ignominiosa el sello,  
pues su presa dejando al enemigo,  
la espada vil que empuño y que maldigo,  
lanzo con risa y con desden la huella!  
(Lo hace, y cae como ahogado por la desesperacion sobre un banco.)
- JOAQ. ¿Y ella en tanto?..—¡No! ¡no! mis nobles ca-  
cerro á humillar ante el raptor infame, (nas  
gritando sin cesar.—¡A mi hija dame!  
(Con trágica transicion.)  
¡Pero si no me escuchal!.. ¡Si son vanas  
para el cruel las súplicas paternas!..  
¡Si vé correr con ojos despiadados  
lágrimas de estos ojos, condenados  
á encontrar por do quier sombras eternas!..  
Entonces, ¡ah! con mi dolor por guía,  
sabré encontrar su corazón de acero!..  
¡Esa espada!.. ¡esa espada!..  
(Buscándola á tientas.)  
¡Ah! ¡si! ¡ya es mía!  
¡Ahora un rayo de luz, Dios justiciero!  
(Se lleva la mano á los ojos, como queriendo arrancar el velo sempiterno que los cubre, y dice luego con voz sombría.)  
¡Nunca!.. ¡Noche profunda! ¡Noche horrenda,  
que el odio mismo á iluminar no alcanza!..  
(Con resolucion.)  
¡Ah! ¡No me detendrás!—¡Yo hallaré senda!..

*(Busca salida con pasos vacilantes, y extendidas sus trémulas manos.)*

DAN. *(Saliéndole al encuentro, y deteniéndole.)*  
¡No! ¡solo á Dios le toca la venganza!  
*(Joaquin cae de rodillas soltando el acero á los piés del profeta.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Salon del harem, decorado al estilo oriental. P uer las grandes al foro, y al abrirse aquellas se descubre un vasto vestíbulo, al que se sube por algunas gradas, y cuyo fondo se abre sobre una plaza, desde la cual se lanzará el pueblo, al fin del acto, invadiendo el vestíbulo y llegando hasta las gradas que le separan del salon en que pasa la escena.—Ventanas laterales, puertas idem.— Es de mañana.

### ESCENA PRIMERA.

NEREGEL, RABSARES. *Ambos entrando por el foro.*

NER. Si, Rabsares, de tus planes casi á espantarme comienzo.

RAB. ¿Por qué?

NER. La raza judia desde la cuna detesto, y el influjo de esa esclava que escogiste, poco cuerdo, pudiera en vez de servirnos ser para entrambos funesto.

RAB. Deliras — Ya de este harem Baltasar me dió el gobierno,

- y soy de la hermosa hebrea  
fiel custodio y consejero.
- NER. ¿Seguro estás que si logra,  
cual anhelas, valimiento,  
obre en pro de nuestras miras,  
y no mas bien de su pueblo  
en beneficio?
- RAB. ¿Y qué osaran,  
Neregel, seres abyectos?  
Los honras con tus temores.
- NER. Columbro que tu desprecio  
favorecerles podria.  
Muy recientes pruebas tengo  
de la audacia de esos hombres  
que no han domado los hierros,  
y que hoy el rey las conozca  
y los castigue pretendo.
- RAB. Cuidado no perjudiques  
á nuestros fines con ello.  
Al mas temible enemigo,  
al obstáculo perpétuo  
de nuestra noble ambicion,  
solo en Nitócris contemplo;  
y aunque el mundo se aprestase  
á disputarnos el cetro  
que de sus manos tenaces  
arrancar nos proponemos,  
conseguir este alto triunfo  
es, Neregel, lo primero.
- NER. Te diré, porque te asombres,  
que, segun dicen y observo,  
la insensata israelita  
tenaz resiste á su dueño.
- RAB. Lo sé con júbilo grande.
- NER. ¡Cómo!..
- RAB. Poderoso y nuevo  
tiene que ser el estímulo  
que excite el ánimo régio.
- NER. ¿Conque tú das por seguro?..
- RAB. Que si aun nos queda algun m...  
de encender en Baltasar  
un interés, un deseo,

- en la salvaje virtud  
de esa mujer lo tenemos.
- NER. ¿Mas presumes que el rey sufra?..
- RAB. ¡Oh Neregel! Lo estás viendo.  
Lo que era fugaz capricho,  
que muriera satisfecho,  
adquiere de día en día  
carácter de sentimiento.  
El rey sufre las repulsas,  
que le parecen un sueño,  
ya impaciente, ya gozoso  
con encontrar tal portento.  
No temas, no, que le canse  
la lucha que pone en juego  
profundas fibras de su alma  
con rudo sacudimiento.
- NER. Mas dí, ¿no has mirado un rio  
correr con mudo sosiego,  
mientras que á su fácil curso  
dócil se presta el terreno,  
y que si obstáculos halla  
que le resistan soberbios,  
se irrita, agolpa sus hondas,  
las encrespa con estruendo,  
y en cascadas espumantes  
se precipita violento?
- RAB. ¿Recelas?..
- NER. ¡Que acaso un día  
los dos á sentir lleguemos  
haber sacado al monarca  
de su inercia!
- RAB. Yo estoy cierto  
que en los brazos del placer,  
lo mismo que en los del tédio,  
se adormirá el soberano  
dejando rodar su cetro.
- NER. ¿Y sabe ya que un rival?..
- RAB. ¡No, jamás! Fueran los celos  
un aguijon harto rudo  
para un rey: yo lo desecho.  
Padre llaman á Joaquín  
Elda y su esposa: recelos

no ha concebido el monarca  
del que juzga amor fraterno.  
NER. Pero si ella del engaño  
le saca...

RAB. Condensa el velo,  
porque la hago comprender  
que el perdon de sus excesos  
debe Rúben á ese error  
que desarma al juez excelso.

NER. Quizás Nitócris...

RAB. Los ama,  
y fiel guardará el secreto;  
ademas que al vil marido  
desparecer harás presto.

NER. Baltasar llega. En su rostro  
nueva luz brilla. Te dejo  
que le hables de sus amores  
antes que yo del imperio. (*Se vá.*)

## ESCENA II.

BALTASAR, RABSARES.

RAB. (*Observando al rey que entra.*)  
(¡Triunfamos!)— Graú rey...

BALT. ¡Rabsares!  
¿Ves cuán brillante y sereno,  
cuán puro se ostenta el día?

RAB. Si, señor.

BALT. (*Acercándose á una ventana.*) Del firmamento  
nunca ese campo infinito  
fué tan hermoso.

RAB. Lo advierto.

Al ver de tu faz sagrada  
templarse el adusto ceño,  
se aumentan del sol las luces  
y se alegra el mismo cielo.

BALT. ¿Y la atmósfera?.. ¿No sientes  
que aquellos vapores densos  
se truecan en áuras tibias,  
donde se exhala el aliento  
fácil, libre?

- RAB. Si, gran rey.  
BALT. ¡Oh! parece que despierto  
de un larguísimo letargo.  
Parece que el universo,  
que en negras brumas yacia,  
renovado se alza y bello.  
¡Parece que vida ardiente  
circula por su ancho seno,  
y que al calor poderoso  
yo tambien, yo me renuevo!
- RAB. ¡Ah!... (*Con regocijo.*)  
BALT. No hay duda: el pecho mio  
sacude su enorme peso...  
y palpita... ¡oh! ¡sí! ¡palpita!...  
—¡Yo vivo al fin! ¡Yo deseo!  
¡Yo columbro, oh esperanza,  
tus horizontes inmensos!
- RAB. ¡Bendigo á los altos dioses!  
BALT. (*Hablando como consigo mismo.*)  
¡Pero qué extraño misterio!  
Me confunde.—Los dos seres  
mas débiles, mas abyectos,  
que muestra en su extensa escala  
la humanidad que desprecio,  
¿cómo han logrado la gloria  
de agitar mi augusto pecho,  
despertando en él impulsos  
de que me asombro... y me alegre?  
¡Una mujer y un esclavo  
me han resistido!... ¡Yo siento  
que hay un poder que rendir...  
en una mujer y un siervo!
- RAB. Si en ello gozas...  
BALT. ¡Si! gozo  
un placer grande, supremo,  
al saber que guarda el mundo,  
del que soy infeliz dueño,  
dos voluntades, dos almas  
que no rindo con un gesto;  
que por raras las codicio,  
que por fuertes las respeto.  
¡Siento un placer inefable

al comprender que amar puedo,  
que demostrarlo ambiciono  
y que ser amado espero.

Si, Rabsares, cien provincias  
diera por este momento  
en que repito asombrado:

—¡yo soy hombre! ¡yo deseo!

RAB. Puesto qué á Rúben perdonas...

BALT. Que aqui lo traigas te ordeno  
con su padre.

RAB. ¡A tu harem sacro!

Nunca hollaron extranjeros,  
señor, sus altos umbrales.  
Nunca se vió...

BALT. ¡Yo lo quiero!

RAB. Gran rey... (*Turbado.*)

BALT. Desde hoy de estos sitios

que habitaba el servil miedo,  
para siempre la opresion  
de indignos usos destierro.

¡Elda aqui reina! ¡ella sola!

Que á cuanto dicte su acento  
todos se postren sumisos.

¡Que huya el terror, que huya lejos  
de estos muros venturosos,  
donde al amor hallar debo!

RAB. Son tus palabras augustas

leyes santas que venero;

pero pensaba, señor,

que con hablar á sus deudos

la beldad que te resiste

cohrára mayor denuedo.

BALT. ¿Por qué?

RAB.

No ignoras que son

fanáticos con extremo

los insensatos cautivos,

y que tienen por precepto

divino, el no contraer

ningun vínculo ó empeño

con nosotros, los que al Dios

que adoran desconocemos.

¿Qué harán, pues, sino aumentar

los terrores de un ser tierno,  
que aun se niega á tus bondades  
porque en tí contempla inquieto  
del Dios á quien teme tanto  
al enemigo sangriento?  
Deja á esa niña privada  
de todo auxilio y consejo  
en la soledad tranquila,  
y verás en breve tiempo  
que al yugo que ahora rehusa  
se rinde dócil su cuello,  
quedando tanta hermosura  
de tus antojos trofeo.

BALT. ¿Qué importa una mujer mas?  
¡Yo aspiro á un alma, no á un cuerpo!

—Vengan su padre y su hermano.  
RAB. (¡Perdido soy!)—Te obedezco.  
(Al salir, se encuentra con Neregel que en-  
tra, y le dice, bajo, lo siguiente.)

—Di en contra de los judios  
cuanto sepas.

NER. A eso vengo.

### ESCENA III.

BALTASAR, NEREGEL.

NER. (Deteniendo al rey en el momento en que vá  
á entrar á lo interior del harem.)  
Señor...

BALT. ¿Qué ocurre?

NER. En alarmas  
se agita medroso el pueblo.

BALT. ¿Por qué?

NER. Se dice que Ciro,  
coligado con los Medos  
y otras naciones de Oriente,  
con grande órden y silencio  
se dirige á Babilonia.

BALT. ¿Y á mí con absurdos cuentos  
me vienes?

NER. Son los cautivos  
la causa de cuanto expreso.

- BALT. ¿Los cautivos?...
- NER. Que aseguran  
—¡de decirlo me avergüenzo!—  
que existen no sé qué libros,  
que guardan con sumo aprecio,  
y en los que claro se anuncia  
la destruccion de tu reino.  
Con tales voces la plebe  
se altera loca, y sospecho  
que exaltan su espanto y saña  
los sátrapas descontentos.
- BALT. Sueñan todos ; despertarlos  
basta, Neregel.
- NER. ¿Qué medios?...
- BALT. Que en mi palacio esta noche  
se sirva banquete espléndido,  
en que olviden sus intrigas  
los sátrapas turbulentos,  
y al pueblo impone mañana...
- NER. ¿Qué cosa?
- BALT. Un tributo nuevo.
- NER. Dicta tambien la sentencia  
de los cautivos malévolos.  
Tu mandato aguardo.
- BALT. Dime:  
¿cuántos dioses tienen templo  
en Babilonia?
- NER. ¡Son tantos!...
- BALT. El mas suntuoso está á Belo  
consagrado.
- BALT. Si , tesoros  
costó, si mal no recuerdo.  
Tesoros que á duras penas  
cien provincias reunieron.
- NER. Es verdad.
- BALT. Y á menor coste  
á ese Dios de los hebreos  
pueden alzársele altares,  
que los dejen satisfechos.
- NER. *(Retrocediendo con espanto.)*  
¿Cómo, señor!... ¿Prestas fé  
á ese Dios del extranjeró?

- BALT. (*Con ironía burlona.*)  
— ¡Oh! ¡muy grande! No lo dudes.  
¡Tanta fé... como á los nuestros!
- NER. ¡Señor!.. No sé qué decirte...  
— Mas de cien dioses tenemos.
- BALT. Pues con tener ciento y uno  
no habeis de aumentar el peso.
- NER. A ese Dios de los judios  
tus inmortales abuelos  
guerra eterna le juraron.
- BALT. Se mostraron asaz necios  
mis abuelos inmortales.
- NER. Yo te suplico...
- BALT. ¡Yo ordeno  
que el Dios de mi bella esclava  
con vuestros dioses caldeos  
se asocie desde este dia!  
— Vé á publicar el decreto.
- NER. (*¡Qué horror!.*) (*Se vá.*)
- BALT. (*Mirando dentro.*) ¡Es ella!.. Aquí llega.  
¡Su triunfo verá perfecto!

#### ESCENA IV.

BALTASAR, ELDA.

- ELDA. No excite, señor, tu enojo,  
si de inquietud devorada,  
sin ser por tu voz llamada  
vengo y á tus pies me arrojo.
- BALT. (*Impidiéndoselo.*)  
¿Qué temes?
- ELDA. Desde esas rejas  
correr he vistò á la plaza  
á un pueblo que no disfraza  
la injusticia de sus quejas,  
y que con sordos baldones  
maldiciendo á los judios,  
á sus rencores impios  
te piden los abandones.
- BALT. No; depon toda inquietud,  
pues cuantos te son amados

serán objetos sagrados

para esa vil multitud.

ELDA. ¿Lo prometes?..

BALT.

Te lo juro,

por el gran bien que me has hecho.

ELDA.

¡Yo, señor!

BALT.

Toca este pecho,

que en un ambiente mas puro

ya comienza á respirar,

y que de la muerte el frio

guardaba en su hondo vacio,

cansado de despreciar.

Dime si tu juicio alcanza

lo que es el mal inclemente,

que luz le niega á la mente

y al corazon esperanza.

Que sofoca al sentimiento

y los sentidos embarga...

que hace la vida una carga

y un azote el pensamiento.

Dime si ves la luz nueva

que absorta mi alma columbra...

¡Todo á mi vista se alumbral

Todo á mi mente se eleva!

ELDA.

Rey...

BALT.

¿Qué cosa negar puedo

á la que me hace sentir?..

Cuanto imagines pedir

otro tanto te concedo.

ELDA.

Si la eterna gratitud

de esta esclava reverente...

BALT.

¡Dame un alma libre, ardiente!..

No me hables de esclavitud.

ELDA.

(¡Cielos!..)

BALT.

Si no me haces don

de ese bien que yo ambiciono,

¡qué fuera en mi yermo trono

del mundo la posesion!

ELDA.

En ese mundo los hados

te dieron gloria y poder...

BALT.

Que yo desdeño ejercer

sobre seres degradados.

ELDA. ¡Hazte amar! Pues tú lo puedes,  
caiga, señor, de tus manos  
la dicha de los humanos...  
¡No ingrato los desheredes!  
Si el mando te causa hastio,  
si no hay placer que te cuadre,  
sé de cien pueblos el padre,  
y de tu pecho el vacío  
llenará su amor inmenso!

BALT. (Con sorpresa de lo que oye.)  
¿Su amor?..

ELDA. Ciegos tus mayores,  
fueron del mundo opresores...  
Hasta de Dios el incienso  
su soberbia usurpó loca,  
maldiciendo su impiedad  
la doliente humanidad.  
Enaltecer hoy te toca  
su cetro, ¡oh rey! —¡De esas greyes  
que envileció el egoísmo,  
haz hombres! ¡Como á Dios mismo  
te aclamarán rey de reyes!

BALT. Viertes extrañas ideas  
de las que me encuentro ajeno...  
pero concibo que es bueno  
cuanto dices y deseas:  
pues si este ser descreído  
puede al cabo creer y amar,  
tú sola le has de alcanzar  
aquel cambio apetecido.  
Tú, que pruebas que una esclava  
le puede dar dicha á un rey...  
pues los iguala una ley  
del amor que yo ignoraba.  
¡Oh, sí! ¡que me sienta amado  
por esa alma noble y pura,  
que te deba la ventura  
que ni aun en sueño he gozado;  
y entonces ¡yo lo afianzo!  
todo á ella se lo concedo;  
todo por ella lo puedo;  
todo con ella lo alcanzo

ELDA. ¡Ah, señor! la virtud sola  
nos da ventura eminente,  
y hoy puede brillar tu frente  
con su sagrada aureola.  
Hoy que Dios en su bondad,  
por este ser imperfecto,  
le muestra á tu ánimo recto  
que es noble la humanidad.  
Muéstranos tú que eres digno  
de regirla, ¡oh Baltasar!  
no te dejes dominar  
por un influjo maligno.

No en rara contradicción,  
mientras me oprimes tirano,  
me pidas con ruego insano  
de un alma libre alto don.  
Ni olvides que la que aquí  
gime en perenne vigilia,  
del seno de su familia  
se ve arrancada por tí.  
¡Que vé á su Dios sin altares,  
su ley santa escarnecida,  
su nacion envilecida  
y á sus deudos sin hogares!

BALT. Lo que anhelo de tí amante  
ya lo has podido entender;  
lo que por tí quiero hacer  
voy á mostrarlo al instante.

ELDA. ¿Qué?...

BALT. Cautiva no eres ya.

ELDA. ¡Qué dices!...

BALT. Goza tu gloria.

ELDA. ¿Me anuncias?...

BALT. ¡Alta victoria!

ELDA. ¿Puedo esperar?...

BALT. ¡Mira!

ELDA. ¡Ah!!

*(La puerta se abre y aparecen Joaquin y Rúben, retiránd se Rabsares que los conduce. Tambien deja la escena Baltasar en el momento de arrojarse Elda en brazos de su padre.)*

ESCENA V.

ELDA, JOAQUIN, RÚBEN.

ELDA. *(Llevándolo hacia el proscenio, mientras Rúben pensativo y sombrío permanece á alguna distancia.)*

¡Padre mio!..

JOAQ. ¡Hija adorada!

¿No es sueño?... Que otra vez toque tu cabeza... ¡Oh, si, es mi hija!

¡Dios quiere que la rocobre!

ELDA. ¡Si, padre, si!—¡Rúben!..

*(Tendiéndole la mano, y yendo hacia él.)*

RUB. ¡Tente!

¿De esposa el sagrado nombre aun puedo darte?

ELDA. *(Con dignidad.)* ¡Yo existo!

RUB. *(Cayendo á sus pies y besando sus manos con transporte.)*

¡Perdon!...

ELDA. ¡Rúben!

JOAQ. ¡No prolongues

mi inquietud: cuéntalo todo!

RUB. Lo adivino: indole noble tiene el rey; no es inclemente.

Volverme, padre, dispone

mi tesoro.—Di: ¿no es cierto?

ELDA. ¡Quiero que tu triunfo goces,

hace un instante decia,

y tu ventura coronas!

JOAQ. ¿Quién duda?.. Si aqui nos llama

y en nuestros brazos te pone,

¿pudiera ser para luego

arrancarte de ellos?

RUB. ¿Dónde,

dónde está?.. ¡Que yo á sus plantas

lleno de gozo me arroje!..

ELDA. Dejarnos en libertad

quiso sin duda.—¡Mas oye!

son sus pasos: ¡viene!

JOAQ. ¡Oh Dios,  
cólmale de bendiciones!  
RUB. Y tú, corazón soberbio,  
sofoca ya tus rencores.

### ESCENA VI.

LOS MISMOS, BALTASAR. *Este sale con un escrito en la mano, y casi al mismo instante empiezan á oirse algunos sordos rumores del pueblo, que se agolpa en la plaza.*

BALT. *(A Rúben, que se adelanta y dobla una rodilla ante él.)*

Si no consiente el destino  
que el cordero al leon postre,  
tambien hizo generoso  
al fiero rey de los bosques. *(Le levanta)*

RUB. Oh señor, mi gratitud...

BALT. Que lo pasado se borre.  
Solo recordar me place  
que entre esclavos hallé un hombre,  
y lo hago desde este dia,  
como á él solo corresponde,  
de mis reinos el segundo  
y el primero de mi córte.

¡Toma! *(Le dá el escrito.)*

RUB. ¡Señor!..

BALT. Tú, Joaquín,  
tranquila morada escoge,  
en la que de tantos años  
de duras penas reposes,  
y allí donde te fijares  
yo haré que todo te sobre.

JOAQ. ¡Nada en el mundo deseo  
como mis hijos me otorgues!  
Con ellos me das la dicha,  
y sus pasados dolores  
olvida el pecho.

RUB. Si, rey;  
aunque mi acento se ahogue  
por la emocion, con mi padre

te ruego, que no nos honres  
con tal exceso. Una choza  
escondida entre los montes  
de la patria, bajo el cielo  
que cubre de mis mayores  
las venerables cenizas;  
un hogar humilde y pobre  
con los objetos queridos;  
nada mas hay que ambicionen  
tus cautivos desgraciados,  
que bendecirán tu nombre  
si esos bienes les permites.

JOAQ. ¡Dios hay que te galardone!

ELDA. ¡Yo te lo pido tambien,  
señor! ¡De tres corazones  
conquistaste afecto eterno!

*(Se aumentan los rumores de afuera.)*

JOAQ. Llegan aqui los clamores  
de tu pueblo, que nos odia.

No mas su saña provoque  
nuestra presencia: concede  
—y Dios de gloria te colme!—

¡concede que al suelo patrio  
los tristes cautivos tornen!

BALT. *(Que escucha con sorpresa é indignacion los  
lejanos alaridos del pueblo.)*

—¡Aguardad!

*(Se adelanta al encuentro de Neregel, que  
viene hácia él.)*

## ESCENA VII.

LOS MISMOS, NEREGEL.

NER. Señor...

BALT. ¿Qué causa

hace que asi se alborote  
la muchedumbre?

NER. Señor,

fué siempre adicta á sus dioses,  
y con roncós alaridos

- tu fatal decreto acoge.  
BALT. ¿Se atreve?..  
NER. Su saña aumenta  
al saber que aquí se esconden  
esos dos hombres audaces,  
y el no ignorar que el mas jóven  
contra tu augusto decoro  
cometió crimen enorme.
- ELDA. *(Acercándose á su esposo como para prote-  
gerle contra el furor que se anuncia.)*  
¡Rúben!..
- JOAQ. ¡Oh Dios!..  
NER. Ya lo escuchas.  
¡Su sangre te pide á voces!
- JOAQ. ¡Su sangre!..  
BALT. ¡Francas al punto  
queden las puertas!  
NER. *(Dudoso.)* ¿Dispones?..  
BALT. ¡Que el pueblo penetre aquí!  
*(Se va Neregel dejando abiertas las puertas  
del fondo, por las que se vé pronto á la  
multitud invadir el vestibulo.)*
- ELDA. ¡Señor!... *(Llegándose á él inquieta.)*  
BALT. ¡Que á tus pies se postre,  
y en una vírgen judia  
á mi régia esposa adore!
- JOAQ. ¡Elda!..  
RUB. *(¡Qué ha dicho!..)*
- ELDA. *(¡Dios bueno!..)*  
BALT. ¡Hoy con nuevos resplandores  
de Semíramis el manto  
quiero, esclava, que te adorne!  
ELDA. *(¡Ah!..)*
- JOAQ. ¡Señor! ¡Es imposible!  
RUB. ¡Qué! ¿Son estos tus favores?  
¿Con ellos quieres pagarme  
mi mujer?..  
BALT. *(Suspense y atónito.)* ¡Cómo!..  
RUB. ¡Recoge  
el precio infame!  
*(Rasga y arroja el escrito que le dió Baltasar.)*

- BALT. ¡Tú!... ¡tú!..
- JOAQ. Señor! no pienso que ignores  
que tiene esposo.
- RUB. ¡Yo! ¡sí!  
¡Yo que no gozo en el orbe  
de otra gloria, otra ventura,  
otro bien!—¡No me despojes  
de ese amor que es mi universo!  
¡No de un misero te apropias  
la única, la postrer prenda,  
tú, colmado de los dones  
del cielo!
- BALT. *(Inmóvil y con voz sorda.)*  
¡No son hermanos!..
- ELDA. Se opusieron mis temores  
á que esa verdad, señor,  
te confesara. Perdona  
tu compasion mi flaqueza.  
¡Mi llanto á tus plantas corre!
- JOAQ. *(Cayendo á los pies del rey.)*  
¡Sé grande, rey Baltasar!  
¡No tus promesas revoques!
- HUB. *(Lo mismo.)* No quebrante tu justicia  
la pasion al primer choque,  
pues del déspota al instinto  
tu propio instinto se opone.
- BALT. ¡No son hermanos!.. ¡mentian!  
¡Y yo encontrar pechos nobles  
pensé iluso!.. La verdad  
yo quise hallar en los hombres!  
*(Suelta una carcajada convulsiva.)*
- RUB. *(Poniéndose en pié, lo mismo que Elda y Joaquín.)*  
¡Rey!...
- JOAQ. *(¡Yo tiembló!)*
- BALT. *(Con sarcasmo acervo.)* ¡Y aun me piden  
que yo su triunfo corone,  
y que el siervo y la mujer  
de mi impotencia se mofen!..
- ELDA. ¡Oh! ¡no! ¡te pido justicia!  
¡Te pido mi esposo, en nombre  
de la virtud, de tu gloria,

- de Dios!  
BALT. (*Arrojándola en brazos de sus soldados.*)  
¡Vuelve á tus prisiones,  
sierva vil! ¡Que entre esas greyes  
tu cuello al yugo se doble,  
y me vengue tu vergüenza  
de mis locas ilusiones!
- JOAQ. (*Queriendo defender su hija que se lleva la guardia.*)  
¡No, bárbaro!
- RUB. ¡Mi cadáver  
has de hollar antes de que oses  
cumplir tu amenaza impia!  
(*El pueblo invade el vestibulo en este instante, y se agolpa con sordos murmullos en las gradas que separan á aquel del salon de la escena.*)
- ELDA. (*Luchando desesperadamente con los que quieren llevársela.*)  
¡Oh señor! no te deshonres  
ante ese pueblo que riges,  
y que aqui llega!
- RUB. (*Entre Elda y el rey.*) ¡No agotes  
de un infeliz la paciencia!
- BALT. (*Fuera de sí.*) Una presa tus furoros  
me piden, pueblo.—¡Ahí la tienes!  
(*Arroja á Ruben entre el populacho, que lo recibe rugiendo, y deja la escena el rey precipitadamente.*)
- ELDA. ¡Cielos!
- JOAQ. ¡No!...
- RUB. ¡Turbas feroces!  
¡Soltad!
- JOAQ. ¡Mis hijos!..
- ELDA. ¡Mi esposo!  
¡Gracia! ¡perdon! ¡¡ah!..  
(*Se levanta sin sentido.*)
- NER. ¡Destrocen  
vuestras manos á ese infame,  
y que á la plaza se arrojen  
sus restos sangrientos!
- VOCE S. (*Del populacho, que se ha posesionado de la*

*victima, y la arrastra al vestibulo.)*  
¡Muera!

RUB. ¡Padre!...  
JOAQ. *(Yendo hácia él, pero cayendo desfallecido en medio de la escena; mientras aparece la reina y corre en defensa de la víctima.)*

NIT. ¡Yo con él... ¡yo!..  
¡Dioses!..  
*(Cae el telon.)*

**FIN DEL ACTO TERCERO.**

## ACTO CUARTO.

Salon del banquete, adornado con magnificencia y resplandeciente de luces. En primer término, cerca del proscenio, y á la derecha del actor, un divan, que ocupará el rey al levantarse el telon. En segundo término la gran mesa semicircular, preparada para la cena. Arden aromas en pebeteros de oro y plata, y se ven mezclados trofeos guerreros con guirnaldas de flores que tapizan los muros. Este salon está separado del terrado por un órden de columnas, y despues de ellas se ven las estátuas y fuentes de aquel jardín aéreo, que sirve de fondo á la escena, y á cuyo último término se destacan sobre un cielo nebuloso cúpujas y torres de Babilonia, alumbradas de vez en cuando por la siniestra luz de los relámpagos. Estos son mas frecuentes á proporeion que avanza el acto, y algunos truenos lejanos se dejan oír desde el momento en que concluye la tercera escena, mezclándose á intervalos con los ecos de la música, que suena en el jardín al mismo tiempo.

### ESCENA PRIMERA.

*BALTASAR, NITÓCRIS. El primero, echado en el divan, parece entregado á sombría cavilacion, y se estremece, como despertando de un sueño penoso, á las primeras palabras de la reina, que entra en la escena al levantarse el telon, y se le aproxima lentamente en silencio, hasta ponerse á sus pies.*

**NIT.** Señor, vengo á devolverte este sello soberano

BALT. que me dió tu excelsa mano.  
¿Por qué causa?

NIT. (*Levantándose.*) ¡Te la advierte  
mi dolor!—Con esta prenda  
—deklarártelo no temo—  
quise en instante supremo  
impedir victoria horrenda  
de un populacho cobarde...  
¡Oh, sí! con angustia inmensa,  
de la víctima en defensa  
corrí, llegué... ¡ya era tarde!

BALT. (*Apartando la vista.*)  
Bien... no mas.

NIT. Desde este dia  
renuncio todo poder...  
Que el que empiezas á ejercer  
te aplauda la turba impia  
que el triunfo odioso pregona,  
y que al cebarse en su presa,  
con su sangre dejó impresa  
negra mancha en tu corona.  
¡Señora!...

BALT. (*Dándole el sello real.*) Ten.—Yo esperaba

NIT. que en premio de mis desvelos  
me concediesen los cielos  
un cambio que ambicionaba.  
Que tu letargo fatal  
sacudiendo al fin brioso,  
te alzaras grande y glorioso,  
de este pecho maternal  
remontando la ufanía  
con gloria del cetro augusto,  
y dando, monarca justo,  
ventura á tus pueblos.

BALT. Fia  
de tus dioses al poder  
esa mision singular;  
porque yo no alcanzo á dar  
lo que no alcanzo á tener.  
¡La dicha!... ¡fantasma vano  
que sigue loco el mortal!...  
¡Nada hay cierto sino el mal!

- ¡Solo el dolor no es arcano!  
¡Yo también, también, señora,  
(*Levantándose.*)  
pude en un vértigo extraño  
concebir, para mi daño,  
una esperanza traidora!...
- NIT. ¡Oh, Baltasar!...
- BALT. (*Con desaliento doloroso.*) Humo leve,  
que pasa sin dejar huella,  
fué todo.—¡Volóse aquella  
ilusión de un sueño breve!  
¡Volóse!... Volví á caer  
en esta tierra maldita,  
donde todo se marchita,  
donde es sarcasmo el placer.  
Torno á escuchar ese acento  
que la esperanza prohíbe...  
y que mi oído percibe  
en cada soplo del viento.  
¡Ese acento que aquí gira,  
que en todas partes murmura  
—no hay amor, verdad, ventura...  
todo es miseria y mentira!  
(¡Desdichado!)
- NIT. Esa voz triste
- BALT. que no permite alegría,  
se envuelve en la noche umbria,  
con la luz del sol se viste...  
de aquella turba la calma,  
del otro el brillo sereno,  
y ecos arranca del seno  
del universo y del alma!
- NIT. ¿Quieres?...
- BALT. (*Con sordo acento.*) ¡Quiero que la apague  
con su bullicio la orgía,  
ó el mundo con su agonía!
- NIT. ¡Ah!...
- BALT. ¿Qué importa? Que no vague  
esa voz en mis oídos,  
y me serán gratos sonos  
blasfemias y maldiciones,  
carcajadas ó gemidos.

- NIT. ¡Ah, señor! si no existieran  
amor, virtud, fé constante,  
¡otra suerte en este instante  
dos nobles seres tuvieran!  
Mas tú, que de despreciar  
cansada tu alma sentias,  
odiaste lo que debías  
por su grandeza admirar...  
Tú, por rara y fatal ley,  
que hace que el juicio se asombre,  
lo que buscabas como hombre  
lo has hollado como rey.  
¡Quizá sea expiacion  
de aquella soberbia loca,  
que encuentre en el bien que toca  
tormento tu corazon...  
Y que del hombre ultrajado  
no comprendas el valor,  
sino sintiendo el dolor  
de no verte nunca amado!
- BALT. ¡Pues bien! si al infausto trono  
no ha de llegar la esperanza;  
si el ser mas mísero alcanza  
lo que yo en balde ambiciono...  
si es de los reyes herencia  
la soledad de esta cumbre,  
do no hay un astro que alumbre  
las sombras de la existencia...  
quiero, con negro egoismo,  
que este poder infecundo  
pese, señora, en el mundo  
tan rudo como en mí mismo!  
—¡Vete!—¡Quizá logre al fin  
de monarca digna palma!  
(*Con ironia acerva.*)  
¡Quizás me conforte el alma  
la crápula del festin!  
Hónralo con tu presencia,  
y de eso solo te cuida.  
(*Se deja caer en el divan.*)  
NIT. (*Con tristeza.*) Será, señor, complacida  
tu voluntad.

(Se vá y Neregel aparece al mismo tiempo por otra puerta.)

## ESCENA II.

BALTASAR, NEREGEL.

NER.

(¡Qué insolencia!)

Señor, se empeña en hablarte Daniel, el mago cautivo.

BALT.

¿Para qué?

NER.

Quizás la esclava reclame, de quien es tío; y tal se encuentra esa jóven, que á indicarte me decido no pierdes nada en perderla.

BALT.

Explicáte mas.

NER.

Su juicio padece horrible trastorno.

BALT.

¿Cómo!

NER.

En constante delirio, tan pronto quiere escaparse mostrando vehementemente abinco, para implorar tu clemencia por el esposo en peligro; tan pronto, de otros recuerdos su corazon oprimido, la frente oculta en el polvo, y con frenéticos gritos divulga...

BALT.

¡Basta!—(Levantándose.) El banquete ya debe estar prevenido.

NER.

Toda tu córte brillante aguarda ya.

BALT.

Necesito cercarme de orgullo necio... de estúpido regocijo.

(Con exaltación dolorosa.)

Que brille mi pompa régia; que el ambiente que respiro de perfumes que den vértigos se impregne: que salte el vino

en cincelados metales:  
que del placer al bullicio  
uniéndose la embriaguez  
me haga olvidar de mí mismo!  
NER. Se cumplirá cuanto ordenas. (*Se vá.*)

### ESCENA III.

BALTASAR, y luego DANIEL, y luego NEREGEL y guardias.

BALT. ¡Está loca!...—¡Oh quebradizo  
(*Con sarcasmo.*)  
barro, que al choque primero  
(*Entra Daniel á espaldas del rey.*)  
quiebra, destroza el destino!...  
¡Huye lejos, compasion!  
¡Todo afecto es desvario!  
(*Vá á dejar la escena, y le sale al encuentro  
Daniel.*)

DAN. Soy Daniel, rey Baltasar.

BALT. (*Retrocediendo.*)  
¿Qué es lo que quieres?—Me han dicho  
que eres un mago eminente.

DAN. Te engañaron: yo no estimo  
la ciencia de tus caldeos.

BALT. Que la superas colijo  
con la tuya.

DAN. No soy sabio.

BALT. ¿Pues por qué extraño artificio  
has logrado parecerlo?

DAN. Cual eco humilde repito  
voz de suprema verdad...  
que es la que aquí te dirijo!

BALT. ¿Cómo?... Tu Dios...

DAN. ¡Nuestro Dios;

el único; el infinito  
señor de cielos y tierra;  
sér de todo sér principio,  
es quien te habla, Baltasar,  
por este su siervo indigno!

BALT. ¿Y qué me dice ese Dios,  
para mí desconocido?

DAN. ¡Su nombre publica el mundo;  
lo ves en el cielo escrito;  
lo proclama el mar soberbio;  
lo anuncia el viento en su giro;  
con sus tinieblas la noche,  
el sol con su ardiente brillo,  
la tempestad con sus truenos  
y el áura con sus sus piros!

BALT. *(Con sarcasmo.)*  
Si, yo me encuentro en un mundo  
donde con nombres distintos,  
oigo que invocan los hombres  
no sé qué árbitro escondido...  
que no responde jamás.  
Yo tiendo la vista, y miro  
á las nubes lanzar rayos;  
al mar entreabrir abismos;  
producir ponzoña el suelo;  
al aire en miasmas nocivos  
difundir mortales pestes...  
yermar campos el granizo!  
Una fuerza loca y ciega  
que produce sin designio,  
y cuanto engendra destruye  
sin mas ley que su capricho!  
La ventura fugaz sombra  
que se escapa de continuo...  
la justicia nombre vano  
de que hace el fuerte ludibrio...  
y cerrando el horizonte  
de este cuadro, tan magnífico,  
¡siempre el sepulcro!... mezclando  
en su polvo inundo y frio,  
la ignominia con la gloria,  
las virtudes con los vicios!  
Por tales rasgos se ostenta,  
¡profeta! á los ojos míos  
esa providencia sábia,  
á que dais culto sumiso...  
Pónle el nombre que te cuadre,  
préstale voz á tu arbitrio.  
*(Se sienta, y escucha desdeñosamente á su*

*interlocutor.)*

DAN.

*(Acercándosele.)*

Si triunfa en la tierra el mal,  
¡como lo pruebas tú mismo!  
si sucumbe la inocencia  
bajo el poder del impio,  
y en la tumba se confunden  
los justos con los inicuos,  
¡del mas allá de la tumba  
reconoce el alto aviso!

BALT.

Y de tu Dios en el nombre  
¿no dices mas?

DAN.

¡Si! te digo  
que en su balanza suprema  
son pesados los delitos  
y virtudes de los reinos.

Que si rompe el equilibrio  
el mal al fin, si se borra  
de gloria el postrer vestigio,  
y caducando un imperio  
devorado por sus vicios,  
la tierra llega á infectar  
con su aliento corrompido...

Entonces Dios lo renueva  
por horrendos cataclismos,  
que á las viejas sociedades  
sepultan en hondo abismo!

BALT.

Más que hábil te juzgo loco  
si amedrentarme has creído,  
como á la vil muchedumbre,  
con tus presagios fatídicos.  
¿Dónde estaba tu Dios justo  
cuando su templo abatimos  
y sus aras venerables  
dejamos sin sacrificios?

¿En dónde cuando los surcos  
de este suelo, en que cautivos  
gemis, con sudor y lágrimas  
regais, en trabajos ímprobos,  
para que den nuestras vides  
un jugo mas exquisito?

DAN.

¡Él castiga nuestras culpas

- y venga nuestros martirios!  
¡Si! ¡nos negó la victoria!..  
¡Bajo tus armas caimos!..  
Pero ese pueblo humillado  
romperá pronto sus grillos!
- BALT. Y ese glorioso suceso  
¿qué profeta os lo predijo?
- DAN. ¡El mismo, rey, que te anuncia  
que contra tí viene Ciro,  
y que al golpe de su espada  
se va á hundir el trono Asirio!
- BALT. (*Levantándose, pero reprimiendo su ira.*)  
Por desprecio solamente  
no desmiento el vaticinio.
- DAN. ¿De qué modo?
- BALT. Libertad  
promete á tu pueblo indigno,  
y hoy, si quiero, con un soplo  
á ese vil pueblo aniquilo!
- DAN. ¡No puedes!
- BALT. ¿Cómo!...
- DAN. Ese pueblo,  
¡tambien, rey, está predicho!  
ni tú, ni monarca alguno  
podrá jamás destruirlo.
- BALT. ¿No?... (*Con sarcasmo.*)
- DAN. (*Con energia.*) ¡No!—Con miras eternas  
aquel pueblo fué escogido  
por cuna de la verdad,  
por su perenne testigo,  
y ha de durar en la tierra  
mientras duraren los siglos!
- BALT. ¡Bien! ¡yo quiero que se pruebe  
de tu Dios el poderio!  
¡Neregel! Guardias.
- DAN. (*Con tono de lástima.*) ¡No agra ves,  
miserero rey, tu destino!
- BALT. (*A Neregel y guardias que entran.*)  
¡A ese insensato prended!  
¡Que todo el pueblo judío  
postre mañana su frente  
á los que osa llamar ídolos,

y si resistir intenta  
perezca del hierro al filo!

DAN.  
¡Baltasar!..

BALT.  
(*Con ironía.*) ¡Venga de Dios  
la excelsa mano en tu auxilio!  
(*Se va por una puerta; por otra se llevan á  
Daniel, que le sigue un instante con mirada  
compasiva, y la escena queda sola. Mien-  
tras tanto comienza la música, con la que  
se unen á intervalos los truenos.*)

#### ESCENA IV.

NITÓCRIS, RABSARES, SÁTRAPAS, MAGOS, mujeres del rey  
que van entrando sucesivamente á la escena.

NIT. Pronto el rey con su presencia  
colmará vuestro placer,  
y yo me alegro de ver  
reunida con la ciencia  
la nobleza cortesana  
en nuestra mansion.

SAT. 1.º Señora,  
de esa córte que te adora  
y de servirte se ufana,  
los homenajes recibe.  
¿Cuándo será su caída? (*Bajo á Rabsares.*)

MAGO 1.º La ciencia reconocida  
gloria mayor no concibe  
que merecer tu bondad.

NIT. Y yo preguntarte anhelo,  
¿qué nos anuncia ese cielo  
con su densa oscuridad?  
¿Los astros en que leéis  
nada dicen?

MAGO 1.º Dicen mucho.

NIT. Refiérelo, que te escucho.

MAGO 1.º (*A la córte que le rodea.*)  
Todos saberlo podeis.  
(*Gravemente.*) Por indicios á millares,  
que entiende el saber profundo,  
Belo inmortal manda al mundo

que al rey se alcen altares  
dignos de su majestad;  
que con pompa se decoren,  
y que los pueblos le adoren  
como á celeste deidad!  
(Pontífice espero ser.)

SAT. 2.º Con regocijo y respeto  
yo acojo el alto decreto.

MAGO 2.º Que se cumpla es menester.

MAGO 1.º Lo espero así.  
(Señales generales de asentimiento.)

NIT. (Al Sátrapa 1.º) ¿Tú, qué sabes  
de tu vasta satrapia?

SAT. 1.º Prospera mas cada día.

NIT. Pues corren noticias graves.

SAT. 1.º No alcanzo...

NIT. Se dan razones  
de queja.

SAT. 1.º ¡Bah! Nada en suma.  
Dicen que se les abruma  
con enormes exacciones.

NIT. Se habla de violentas muertes  
tambien.

SAT. 1.º ¡Vaya! cien cautivos.

NIT. ¿Se rebelaron altivos?

SAT. 1.º Se hicieron torpes é inertes...  
casi inútiles por viejos.

RAB. El rey se acerca.

MAGO 1.º ¡Victoria  
siempre alcance, y de su gloria  
nos alumbren los reflejos!

Todos. ¡Gloria al rey!  
(Se inclinan profundamente, y entra Baltasar con Neregel.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, BALTASAR, NEREGEL. *Esclavos que sirven la mesa. La música, colocada en el jardín, une sus ecos con los truenos de la tempestad, que van haciéndose mas frecuentes y prolongados.*

BALT. ¡Sátrapas! quiero  
que reine aquí la alegría  
sin límites!

RAB. *(Bajo al Sátrapa 1.º)* Tan sombría  
nunca ví su frente.

BALT. Espero  
que haya tumulto, bullicio,  
frenesí... locos placeres.  
¡Que entre aromas y mujeres  
se turbe, se pierda el juicio!  
¡A la mesa!

RAB. *(Bajo al Sátrapa 1.º)* Nunca oí  
dictar con tan raro tono  
del placer el abandono.

SAT. 1.º Obedezcamos.  
*(El rey ha ocupado su asiento, en la cabecera de la mesa á la izquierda del actor, é indica á su madre el asiento del otro extremo.)*

BALT. Tú allí.  
*(Se sientan todos y los esclavos permanecen de pie detrás de la mesa.)*

BALT. Salte en las copas el vino.

NER. *(Sirviéndole.)* Este es Chipre, del mejor.

SAT. 1.º Embriaga solo su olor.

SAT. 2.º Cierto.

MAGO 1.º ¡Es un néctar divino!

RAB. *(Levantando su copa.)*

¡Por el gran rey Baltasar!

MAGO 1.º ¡Por el dios Baltasar!

SAT. 1.º ¡Vea

Babilonia, cual desea,  
alzarse pronto su altar!

UNOS. ¡Gloria al gran rey!

OTROS.

¡Gloria al dios!

## ESCENA VI.

LOS MISMOS, ELDA, *que entra por la derecha del actor, desmelenada, el vestido en desórden y pintado en todo su aspecto el extravío de la razon.*

NIT. *(Al aparecer Elda.)*

¡Cielos!.. ¡Es ella!..

BALT. *(¡Qué miro!)*

ELDA. *(Que parece no echar de ver al rey ni á su córte.)*

¡Penetro al cabo!.. ¡Respiro!

Nadie viene de mí en pos.

BALT. *(Poniéndose en pie, y lanzando á Rabsares una mirada de reconvencion y enojo.)*

¡Rabsares!..

RAB. *(En humilde tono.)* ¡Señor!.. mi ausencia del harem...

NER. Yo haré al instante

que á la infeliz delirante

se arroje de tu presencia.

*(Todos se ponen en pie y algunos se desvian de la mesa como para ir adonde está Elda.)*

NIT. ¡Por piedad!... *(Yendo hácia él.)*

BALT. De ella dispon.

NIT. *(Acercándose vivamente á Elda, que recorre agitada el régio salon y parece reconocerlo con cierta alegría.)*

¡Elda!..

ELDA. ¡Ah! ¡Tú!—¡Llévame! ¡Quiero

perdírle al déspota fiero

para mi esposo perdon!

NIT. *(Apartando la vista de ella con dolorosa emocion.)*

¡Desdichada!..

ELDA. ¡La órden cruel

aun resuena en mis oídos!..

¡Aun escucho los rugidos

de la turba, que en tropel

sobre su presa se lanza!..

- NIT. (¡Oh! ..)
- ELDA. ¡Corramos! ¡No consientas  
que aquellas fieras hambrientas...  
¡Ven, ven!... ¡yo tengo esperanza!  
¡Corramos!
- NIT. (¡Triste ilusion!)
- ELDA. (Suspendiéndose.)  
¡Ah!.. ¿No escuchas?
- NIT. Silba el viento.
- ELDA. Parece un largo lamento...
- NIT. Te turba vana aprension.  
—Estás en nuestra morada... (Con tristeza.)  
y nada hay ya que temer!
- ELDA. ¿Nada?...
- NIT. Si... debes creer.
- ELDA. (A la reina con misterio.)  
¡Pude al cabo hallar entrada!  
Me escapé... ¡guarda el secreto!  
Me escapé sin hacer ruido.  
Plazas, calles he corrido  
temblándome el pecho inquieto.  
Que por sangre resbalaban  
mis plantas me parecia...  
pero yo corría... corría!...  
¡Cien espectros me acosaban! (1)
- NIT. »¡Elda!...
- ELDA. »Al fin llegué á las puertas  
»de este alcázar... ¡sí... este mismo!  
»Me asaltaba un parasismo,  
»mas ví que estaban abiertas.  
»Toda la córte en tropel,  
»como buscando su centro,  
»se precipitaba dentro,  
»y ante el augusto dosel  
»iba su incienso á quemar...  
»y yo, yo sentí en el pecho,  
»de mi pavor á despecho,  
»nueva esperanza brotar!

---

(1) Todos los versos señalados con comillas al márgen, se han suprimido en la representacion.

»Quise las plantas mover  
»llamando todo mi brio...  
»quise por entre el gentío  
»ir ante el trono á caer  
»clamando: ¡gracia, perdon  
»para mi infeliz esposo!

NIT. »¿Y qué?...

ELDA. »¡Y en balde afanoso

»redoblaba el corazon  
»sus esfuerzos! ¡No podia  
»llegar á la régia puerta!  
»¡Pugnaba... pugnaba... y yerta,  
»yerta estátua me sentia!

NIT. Ya estás conmigo, y espero  
que mas tranquila...

ELDA. ¡Es verdad!

¡Dios tuvo al cabo piedad!  
Por un esfuerzo postrero  
pude pasar los dinteles...  
Y ahora aqui... ¡cuántos trofeos  
de los monarcas caldeos!..  
¡Cuántas púrpuras, laureles,  
luces que afrentan al dia  
con sus vivos resplandores!..  
¡Y olor de mirra y de flores!..  
¡y ecos de dulce armonia!..  
*(Se suspende como escuchando la música,  
pero de repente se oscurece su rostro y pa-  
rece poseida de espanto.)*

NIT. ¡¡No puedo mas!...

ELDA. Al brillante

resplandor que antes lucia  
sucede noche sombría...  
Cesa el perfume fragante...  
Calla el victor jubiloso...  
Los halagüenos sonidos  
mueren en lentos quejidos...  
Todo es silencio espantoso...  
Todo tñieblas... De un frio  
sudor se cubre mi frente...

*(El rey, que atiende con semblante sombrío,  
se le va acercando maquinalmente; los cor-*



¡Sangrientos fantasmas! .. ¿qué me quereis?  
¡No el camino me cerreis lanzando largos lamentos!  
¡Qué!... ¿Los inmóviles ojos clavais en mí?... ¿me llamais, y mi sitio señalais entre esos yertos despojos?...  
¡No! ¡no!—¡Yo quiero vivir!  
¡Soy jóven, y soy querida!  
Quiero al dueño de mi vida por todas partes seguir, como amante digna y fiel, como esposa tierna y pura...  
*(Suspendiéndose, como si oyera algo que la horroriza.)*  
¡Qué! ...

NIT. (¡Pavorosa locura!)

ELDA. ¡Qué carcajada cruel lanzais de los pechos frios, que se repite en cien ecos por esos fúnebres huecos de los sepulcros vacíos!...  
¿Por qué señalais mi frente con burla acerba?...—¡Mentira!  
¡No hay mancha en ella!... ¡Delira si tal sospecha la mente!  
En vano la atroz violencia...  
En vano... ¡No! ¡no!... ¡jamás!  
¡Detente, tirano!... ¡Atrás!  
¡Ten piedad de mi inocencia!  
¡Qué!... ¿no me escuchas? ¿Tu anhelo es mi deshonor?... ¡Ah!... ¡yo corro!  
¡Rúben!... ¡Padre! ¡a mí!... ¡socorro!...  
*(Huye, y encontrándose con el rey que avanza hácia ella, como para imponerle silencio, le reconoce y retrocede horrorizada, dando un grito.)*  
¡¡No! ¡ya es tarde! ¡es tarde!...  
*(Cae desplomada en tierra.)*

NIT. ¡Cielo!  
RAB. *(Acudiendo con otros adonde está Elda)*

*desmayada.)*

¡Desventurada!

BALT.

¡Llévala!

*(Lo hacen Rabsares y dos esclavos. Momento de pausa.)*

### ESCENA VII.

LOS MISMOS, menos ELDA y RABSARES.

NIT.

*(Con doloroso acento de reconvencion.)*

¡Baltasar!...

NER.

Harto turbó,

gran rey, tu alegre banquete

la imprevista aparición

de esa insensata.

BALT.

*(Queriendo sacudir su remordimiento y con animación febril, que va aumentándose hasta rayar en vértigo.)*

¡Si! Corran

de nuevo en giro veloz

los néctares incitantes;

y hasta que á romper el sol

no salga ese manto oscuro,

bebamos sin tregua!

*(Se acerca á la mesa, y también los cortesanos, agrupándose en las cabeceras y en el centro del semicírculo; pero sin sentarse, aunque toman las copas.)*

SAT. 1.º

Voy

á proponer otro brindis,

si lo permites.

BALT.

¡Propon!

SAT. 1.º

Por la pobre loca hebrea

que tan á tiempo llegó

para aumentar del banquete

el desórden seductor.

BALT.

¡Bien! ¡por ella!...

*(Levantán todos las copas y aparece Joaquín, que se adelanta, con paños trémulos y semblante descajado. Sale á la escena por la misma puerta por la que acaban de sacar á su hija moribunda.)*

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, JOAQUÍN.

JOAQ. ¡Y por tu gloria!

¡Vengo á brindar también yo!

BALT. ¡Tú!...

NIT. ¡Joaquín!...

JOAQ. Les faltaría

á tus gozos lo mejor,

si á responder no viniera

de este padre el corazón!

BALT. ¡Anciano!...

JOAQ. ¡Bebamos, si!

¡Tú eres nieto de Nemrod!

¡Tú eres ídolo de un pueblo

de quien la tierra tembló;

porque ancha huella de sangre

por do quier dejaba en pòs!

Y si hollada la justicia

se vé por capricho atroz;

si haces la fuerza derecho,

flaqueza la compasión,

la virtud vano sonido,

la desgracia deshonor...

¡qué importa? ¡Del Juez Supremo

tú aclamas la negación!

¡Tú á los hombres les enseña

que es su destino el dolor...

pues si dueños les da el mundo

no les guarda el cielo un Dios!

BALT. ¡Basta ya!

JOAQ. (Con energía.) ¡Pero te engañas,

rey Baltasar!—No es error

la esperanza de los pueblos,

del alma la aspiración!

¡Hay ese Dios, que tú niegas,

de los señores Señor,

ante el cual el rey y el siervo

iguales, hermanos son,

y á su justicia suprema

- contra tí se alza mi voz!
- NIT. ¡Ah!
- BALT. ¡Bien! Que ostente su gloria  
ese gran Dios de Jacob,  
y para brindar por él,  
haciéndole digno honor...  
vengan los vasos sagrados  
del templo de Salomon!
- JOAQ. (*Retrocediendo con espanto.*)  
¡Qué has dicho! ..
- BALT. Del alto brindis  
quiero mostrarte el valor! (*Toma los vasos.*)
- JOAQ. ¡Tente, sacrilego!
- BALT. (*Presentándole uno.*) ¡Toma!
- JOAQ. ¡Jamás!...
- BALT. ¡Te lo mando yo!
- JOAQ. ¡Tiembla!
- BALT. (*Con tono de irrisión y alzando su copa.*)  
¡Por el Rey de reyes  
ante el cual citado estoy!  
(*Los cortesanos ébrios sueltan una carcajada, y al ir á llevar las copas á los labios, una ráfaga violenta del viento abre de golpe todas las ventanas y puertas del régio salon, derribando las estátuas de sus pedestales y apagando instantáneamente las luces. La música cesa: las copas sagradas caen de las manos de los sacrilegos; y entre la oscuridad y el estupor general, al estampido de un gran trueno, aparece al frente del rey, con caracteres de fuego, el célebre letrero histórico: Mane, Thecel, Phares. Todos se apartan de la mesa despavoridos.*)
- NIT. (*Señalando el letrero.*)  
¡Mirad... mirad!...
- SAT. 1.<sup>o</sup> (*¡Yo tiemblo!*)
- MAGO 1.<sup>o</sup> ¡Hórrido arcano!
- SAT. 2.<sup>o</sup> ¡Se me hiela la sangre!
- MAGO 2.<sup>o</sup> ¡Enigma oscuro!
- NIT. ¡Mirad, magos famosos,  
por invisible mano  
trazados en el muro

- esos rasgos de fuego misteriosos,  
que con siniestro resplandor fulguran!...
- NER. ¡Miradlos!... Si mentira  
no es vuestra ilustre ciencia,  
por los dioses mis labios os conjuran  
que digais su sentido!
- MAGO 1.º Ese misterio que terror inspira...  
ese misterio...
- BALT. *(Que hasta este momento permanece inmo-  
ble, fijos sus ojos en el fatal letrero.)*  
¡Pronto! ¡La existencia  
en ello os va: tenedlo comprendido!
- NIT. ¡Hablad!
- NER. ¡Decid!
- MAGO 1.º ¡No puedo  
ese misterio penetrar profundo!
- BALT. *(A los otros Magos.)*  
¡Nosotros!
- MAGO 2.º *(Mientras los demas hacen consternados  
ademanes negativos.)*  
No, señor, nadie en el mundo  
alcanza á tanto.
- SAT. 1.º ¡Los embarga el miedo!
- NIT. ¡Oh rey! en Babilonia existe un hombre...  
que sueños intrincados  
supo explicar á tu glorioso padre...
- BALT. ¡Daniel!...
- NIT. No osaba pronunciar su nombre.  
Se encuentra entre los tristes sentenciados...  
mas que llamarlo á tu bondad le cuadre!
- NER. Preso en palacio está.
- BALT. ¡Venga al momento!  
*(Se vá Neregel.)*
- JOAQ. ¡Daniel!... ¡Juicio de Dios!
- NIT. Siempre su acento  
órgano fué de la verdad divina.
- BALT. *(Estremeciéndose.)*  
*(¡De la verdad!)*
- JOAQ. ¡Dios mismo le ilumina!
- NIT. Él de esos rasgos que á la mente aterran  
sabrà el misterio.
- BALT. Si me explica presto

el anuncio que encierran,  
hora próspero sea, hora funesto,  
juro adornarle con mi régio manto  
y otorgar á su voz cuanto me pida.

NIT. ¡Él llega!

SAT. 1.º ¡Él llega!

BALT. (¡A mi pesar me espanto!)

JOAQ. (¡De emoci3n siento el alma estremecida.)

### ESCENA IX.

LOS MISMOS, DANIEL, NEREGEL. *Esclavos con ha-*  
*chones.*

DAN. ¡Héme aqui, Baltasar! Di lo que quieres.

BALT. (*Con voz trémula.*)

Que me explique tu voz aquel escrito,  
y que altas gracias de mi mano esperes.

DAN. Tus dones guarda, rey. No los admito;  
pero esos rasgos descifrarte debo.

NIT. ¡Ah!..

BALT. ¡Yo te escucho!

NIT. (¡El pecho se me oprime!)

JOAQ. (Á tí, Señor, mi corazon elevo!)

BALT. ¡Presto! ¿Qué aguardas? ¡Su sentido dime!  
(*Momento de silencio.*)

DAN. Pesó Dios tu justicia... hallóla falta,  
y el término marcó de tu carrera.

¡Esa corona, que tu orgullo exalta,  
te la viene á arrancar mano extranjera!

¡Entre Persas y Medos destrozada  
queda desde hoy tu inmensa monarquía,  
que de glorias y crímenes cargada  
diez y ocho siglos de opresion expia!

SAT. 1.º ¡Es venganza!

NER. ¡Es mentira!

NIT. ¡Oh hijo mio!

JOAQ. (*Alzando al cielo sus manos.*)

¡Tu insondable justicia reverencio!

SAT. 1.º ¡Castigo tenga el pérfido judío!

NER. ¡Muerte merece el impostor!..

:

- BALT. ¡Silencio!  
(Con grandeza.)  
¡Una promesa pronuncie sagrada  
y al punto mando que cumplida sea!  
(Se quita el manto y lo arroja á manos de  
Neregel.)  
¡La púrpura á los reyes destinada  
que hora en sus hombros ese esclavo vea!
- DAN. (Rechazándola.)  
¡Ciro llega á pedirla!
- BALT. Todavía  
la ostenta Baltasar. Lo que ambiciones  
demanda y lo tendrás: mas si este dia  
no se cumplen, Daniel, tus predicciones,  
¡ni restos hallará la nueva aurora  
del pueblo de Sion!

### ESCENA X.

LOS MISMOS, RABSARES.

- RAB. ¡Ármate presto,  
rey Baltasar!
- BALT. ¡Qué dices!..
- RAB. ¡Sin demora!  
¡Ciro á tus puertas llega!
- NIT. ¡Hado funesto!
- BALT. ¡Ciro!..
- NER. ¡Qué vil traicion?..
- RAB. Ninguna existe.  
(A Nitócris.) ¡Tu imprevision fatal!..
- NIT. ¡Qué?...
- RAB. La corriente  
del vasto rio encadenar supiste  
en hondos lagos; pero no prudente  
cegarlos luego imaginaste.
- NIT. ¡Oh cielo!
- RAB. Hoy Ciró con acierto te ha imitado,  
aprovechando de la noche el velo,  
y el rio de su curso desviado  
el paso franco le dejó á su gente.
- NIT. ¡Ah!..

- RAB. Todo lo previne á la defensa,  
y espero que hallará quien lo escarmiente;  
pero es do quier la confusion inmensa.
- NIT. (*Al rey, que tomando las armas que le da  
Rabsares, se las viste rápidamente.*)  
¡Hijo mio, hijo mio! ¿arrostrar quieres  
la cólera de un Dios?... ¡Huye conmigo!
- BALT. ¡Retírense al instante las mujeres!  
Nosotros...
- NIT. ¡Baltasar!...
- BALT. (*Juntando las manos en actitud suplicante.*)  
¡Al enemigo!  
(*Sale con Neregel, Rabsares y los demas  
convidados. Las mujeres se refugian á lo  
interior del palacio.*)

### ESCENA XI.

NITÓCRIS, DANIEL, JOAQUIN. Luego RAB SARES, y al  
final BALTASAR y NEREGEL.

- NIT. De esta madre sin ventura  
compadeed las congojas,  
y á vuestro Dios indignado  
pedidle misericordia  
para el hijo de mi vida!
- DAN. (¡Señor, su tormento acorta!)
- NIT. Con mi llanto, con mi sangre  
la cruda sentencia borra.  
¡Mírala, mírala!... ¡horrible  
centellea entre las sombras!
- JOAQ. (¡Mísera madre!...)
- NIT. ¿No hallais  
para calmar mis zozobras  
ni una esperanza siquiera?...
- DAN. ¡Del cielo, reina, la implora!
- NIT. (*Con desesperacion.*)  
¡Ese cielo es mi enemigo!  
¿No escuchais?—Las armas chocan  
de este palacio á las puertas,  
y aqui llegan voces roncadas  
de furor!...

- JOAQ. (¡Funesto día!)
- DAN. (¡Cuál vengas, Señor, tu gloria!)
- NIT. (*Que escucha con ansiedad.*)  
¡Crece el tumulto!... ¡se acerca!  
¡Oh hijo mio! ¡oh Babilonia!  
¡Vuestra suerte se decide  
en esta noche espantosa!
- RAB. (*Entrando desarmado y despavorido.*)  
¡Dónde ocultarme!...
- NIT. ¡Rabsares!  
¿qué es del rey?
- RAB. Defensa heroica  
le opone en vano al destino,  
pues cierta es ya su derrota.
- NIT. ¡Y tú!...
- RAB. Salvo mi existencia.  
Haz tú lo mismo, señora,  
si aun es tiempo.  
(*Huye por el lado opuesto de su salida á la  
escena.*)
- NIT. ¡Miserable!  
—Lucha solo... ¡ah! no: que rompan  
tambien de su madre el pecho  
las espadas vencedoras!
- DAN. ¡Tente! ¡Mira!  
(*Neregel y otros entran al rey herido. Dos  
esclavos alumbran con hachones.*)
- NIT. ¡Baltasar!...
- NER. ¡Su vida al término toca!  
(*Lo llevan al divan en que apareció al prin-  
cipio del acto, y Neregel se retira en se-  
guida.*)
- JOAQ. Ya estais vengados ¡oh hijos!  
¡Que la piedad triunfe ahora,  
pues el poder que castiga  
es tambien el que perdona!

ESCENA XII.

BALTASAR, NITÓCRIS, DANIEL, JOAQUIN y los esclavos  
que han entrado con hachones.

BALT. Esa voz... ¡ah!... la justicia  
que invocó no era ilusoria...  
¡Le ha escuchado... y su victoria  
todo un imperio desquicia!

NIT. (¡Sucumbe mi ánimo firme  
á tal prueba!...)

BALT. Llega, anciano...  
que pueda estrechar tu mano...  
y no te oiga maldecirme  
en este instante...

JOAQ. ¡Jamás!  
¡Nuestra santa religion  
hace un deber del perdon!  
¡Muere en paz, rey!  
(*Tiende su mano venerable sobre la cabeza  
del moribundo.*)

BALT. ¡Ah!... ¡no mas!  
Ese Dios... ¡Madre!... yo muero...  
¡Mas la verdad resplandece!...  
¡El Dios que al hombre engrandece...  
Ese... ese es el verdadero!  
(*Hace un esfuerzo supremo para incorpo-  
rarse al confesar á Dios, y vuelve á caer  
en brazos de su madre.*)

NIT. ¡Mi bien!

JOAQ. ¡Su fin es glorioso!

NIT. Él no existe, y esas voces (*Levantándose.*)  
nos anuncian que feroces  
llegan en triunfo ominoso  
los indignos vencedores:  
¡mas no hollarán sus despojos  
profanando ante mis ojos  
la mansion de mis mayores!  
(*Arranca una tea de mano de un esclavo y  
se vá con ella á lo interior del palacio.*)

ESCENA XIII.

DANIEL, JOAQUIN, luego NITÓCRIS.

- JOAQ. ¡Huye, Daniel, á su ejemplo,  
que ese Ciro triunfador!...
- DAN. (Con voz solemne, y avanzando hácia el  
medio de la escena.)  
¡Es el que escoge el Señor  
para alzarle el nuevo templo!  
¡Setenta semanas de años (Con inspiracion.)  
pasan con rápido giro,  
y ese templo, que alzar miro  
con resplandores extraños,  
se alumbraba en dichosos dias!...
- JOAQ. ¿Qué?... ¡Daniel!
- DAN. ¡Oh gloria nueva!  
¡Ese templo que se eleva  
oír la voz del Mesias!
- JOAQ. (Cayendo de rodillas, y juntando las manos  
con trasporte.)  
¡¡Ah!!...
- NIT. (Que al salir á la escena arroja el hacha,  
con la que acaba de incendiar el palacio.)  
¡Huid, que aun podeis!— ¡Baltasar,  
yo vuelvo á tus restos frios!  
¡Nuestra mansion los impios  
no pueden ya profanar!  
(Al arrojarse la reina sobre el cadáver de su  
hijo, se ven las llamas que devoran lo inte-  
rior del palacio, y aparecen los vencedores  
por el foro, alumbrados por el incendio.)

FIN DEL DRAMA.

*Habiendo examinado este drama, no hallo reparo alguno en que su representacion sea autorizada. Madrid 29 de Enero de 1858.*

El Censor de Teatros,  
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Habiendo examinado este drama, no halló re-  
pito alguno en que se contrahiera con auto-  
ridad. Madrid 29 de Enero de 1808.

El Conde de Castañeda  
Antonio Ferrn del Rio

10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100

## CATALOGO

### de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

#### EL TEATRO.

- Al cabo de los años mil...  
 Amor de antesaia.  
 Abelardo y Eloisa.  
 Ahogarse à la orilla.  
 Alarcon.  
 Angela.  
 Afectos de odio y amor.  
 Arcanos del alma.  
 Amar despues de la muerte.  
 Al mejor cazador...  
 Achaque quieren las cosas  
 Amor es sueño.  
 A caza de cuervos.  
 A caza de herencias.  
 Amor, poder y pelucas.  
 Amar por señas.  
 Al pié de la letra.
- Bonito viaje.  
 Boadicea, *drama heróico*.  
 Batalla de reinas.  
 Berta la flamenca.  
 Bienes mal adquiridos.  
 Baltasar.
- Cañizares y Guevara.  
 Cosas suyas.  
 Calamidades.  
 Como dos gotas de agua.  
 Con razon y sin razon.  
 Cómo se rompen palabras.  
 Conspirar con buena suerte.  
 Chismes, parientes y amigos.  
 Con el diablo à cuchilladas.  
 Gostumbres politicas.  
 Contrastes.  
 Catilina.  
 Carlos IX y los Hugonotes.
- Dos sobrinos contra un tio.  
 De audaces es la fortuna.  
 Dos hijos sin padre.  
 D. Primo Segundo y Quinto.  
 Don Sancho el Bravo.  
 Don Bernardo de Cabrera.  
 Dos artistas.
- El amor y la moda.  
 ¡Está loca!  
 En mangas de camisa.  
 El que no cae... resbala.  
 Niño perdido.
- El querer y el rascar...  
 El hombre negro.  
 El fin de la novela.  
 El filántropo.  
 El hijo de tres padres.  
 Esperanza.  
 El antio del Rey.  
 El caballero feudal.  
 ¡Es un ángel!  
 Espinas de una flor.  
 El 5 de agosto.  
 El escondido y la tapada.  
 El Licenciado Vidriera.  
 ¡En crisis!!  
 El Justicia de Aragon.  
 El Caballero del milagro.  
 El Monarca y el Judío.  
 El rico y el pobre.  
 El beso de Judas.  
 Echarse en brazos de Dios.  
 El alma del Rey Garcia.  
 El atan de tener novio.  
 El juicio público.  
 El sitio de Sebastopol.  
 El todo por el todo.  
 El gitano, ó el hijo de las Alpu-  
 jarras.  
 El que las da las toma.  
 El camino de presidio.  
 El honor y el dinero.  
 El hijo pródigo.  
 El payaso.  
 El amor y el interés.  
 Este cuarto se alquila.  
 El Patriarca del Turia.  
 El rey del mundo.  
 Esposa y mártir.  
 El pan de cada día.  
 El mestizo.  
 El diablo de Amberes  
 El ciego.
- Furor parlamentario  
 Faltas juveniles.  
 Flor de un día.
- Grazalema.  
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el  
 ahijado de todo el mundo.
- Historia china.  
 Hacer cuenta sin la huésped.
- Herencia de lágrimas.
- Instintos de Alarcon.  
 Indicios vehementes  
 Isabel de Médicis.
- Jaime el Barbudo.  
 Juan sin Tierra.  
 Juan sin Pena.  
 Jorge el artesano.  
 Juan Diente  
 Julieta y Romeo.
- Los Amantes de Chinchon  
 Lo mejor de los dados...  
 Los dos sargentos es paboles ó  
 la luda vivandera.  
 Los dos inseparables.  
 La pesadilla de un casero.  
 La hija del rey René.  
 Los extremos.  
 Los dedos huéspedues.  
 Los éxtasis  
 La posdata de una carta.  
 Lluéven hijos.  
 La mosquita muerta.  
 La hidrofóbia.  
 La choza del almadreño.  
 Los patriotas.  
 Los Amantes de Teruel.  
 La verdad en el Espejo.  
 La Banda de la Condesa.  
 La Esposa de Sancho el Bravo.  
 La boda de Quevedo.  
 La Creacion y el Diluvio.  
 La Gloria del arte.  
 La Gitanilla de Madrid.  
 La Madre de San Fernando.  
 Las Flores de Don Juan.  
 Las Apariencias.  
 Las Guerras civiles.  
 Lecciones de Amor.  
 Las dos Reinas.  
 La libertad de Florencia.  
 La Archiduquesita.  
 Las Prohibiciones.  
 La escuela de los amigos.  
 La escuela de los perdidos.  
 La bondad sin la experiencia  
 La escala del poder.  
 Las cuatro estaciones.  
 La vida de Juan Soldado

La llave de oro.  
 La Providencia.  
 Los tres Banqueros.  
 Las huérfanas de la Caridad  
 La cruz en la sepultura.  
 La niña Iris  
 La dicha en el bien ajeno.  
 Los tres amores.  
 La mujer del pueblo.  
 Las bodas de Camacho.  
 La Cruz del misterio.  
 La pluma y la espada.  
 La Vaquera de la Finojosa.  
 La flor del valle.  
 Los pobres de Madrid.  
 Libertinaje y pasión.  
 Libertad en la cadena.  
 La planta exótica.  
 La paloma y los halcones.  
 Las mujeres.  
 Las mujeres.

Mi mamá.  
 Mal de ojo.  
 Mariana Labarú.  
 Mucho ruido y pocas nueces.  
 Martín Zurbano.  
 Mocedades.  
 Marta y María.

Negro y Blanco.  
 Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.  
 Nobleza contra nobleza.  
 No es oro todo lo que reluce.

Angélica y Medoro.  
 Armas de buena ley.  
 Aidé.  
 Buenas noches, vecino.  
 Beltrán el aventurero.  
 Claveyina la Gitana.  
 Cupido y Marte.  
 Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.  
 Cosas de D. Juan.  
 Cuando ahorcaron á Quevedo.

Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino.  
 El ensayo de una ópera.  
 El Grumete.  
 El calesero y la maja.  
 El Vizconde.  
 El perro del hortelano.  
 El secuestro de un difunto.  
 El lancero.  
 El delirio (drama lírico).

Olimpia.  
 Paco y Manuela.  
 Pescar á rio revuelto.  
 Por ella y por él.  
 Por una hija!..  
 Propósito de enmienda.  
 Para heridas las de honor, ó el desagravio del Gid.  
 Por la puerta del jardín.  
 Poderoso caballero es D. Dinero.  
 Por la boca muere el pez.

Quién mucho abarca.  
 ¡Qué suerte la mía!

Rival y amigo.

Su imagen  
 Similia similibus carantur, ó un clavo saca otro clavo.  
 San Isidro (Patron de Madrid.)  
 Sueños de amor y ambición.  
 Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos  
 Traidor, inconfeso y mártir.  
 Trabajar por cuenta ajena.  
 Todos unos.

Un amor á la moda.  
 Una conjuración femenina.  
 Un dómíne como hay pocos.  
 Un pollito en calzas prietas  
 Un huésped del otro mundo.

Una venganza leal.  
 Una coincidencia a la beteta  
 Una noche en blanco.  
 Un par de guantes.  
 Una rufaga.  
 Uno de tantos.  
 Una noche en Trifueque.  
 Un marido en suerte.  
 Una lección reservada  
 Una herencia completa  
 Un hombre fino.  
 Una poetisa y su marido.  
 Un día de prueba.  
 Una renta vitalicia.  
 Una llave y un sombrero.  
 Una mentira inocente  
 Una mujer misteriosa.  
 Una lección de corte.  
 Una falta.  
 Un paje y un caballero.  
 Una broma de Quevedo.  
 Un sí y un no.  
 Una Virgen de Xurillo.  
 Una aventura de Tirso.  
 Una lágrima y un beso.  
 Una lección de mundo.  
 Una mujer de historia.

Ver y no ver.  
 Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandados de la Serranía de Ronda

## ZARZUELAS.

El dominó azul.  
 El mundo á escape.  
 El novio pasado por agua.  
 El diablo en el poder.  
 El esciavo.  
 El relámpago.  
 El Vizconde de Letorieres.

Guerra á muerte.  
 Giralda.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.  
 La noche de ánimas.  
 La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.  
 Las bodas de Juanita. (La máscara.)  
 Los dos Flamantes.  
 La vergonzosa en palacio.  
 La Dama del Rey.  
 La Colegiala.  
 La espada de Bernardo.  
 La cacería real.  
 La huérfana.

La Jardinera.  
 La hija de la Providencia.  
 La Roca negra.  
 Los jardines del Buen Retiro.  
 Loco de amor y en la corte.  
 Los diamantes de la Corona.

Mateo y Matea.  
 Mentir á tiempo.  
 Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
 Por conquistista.

Simon y Judas.

Tres madres para una hija.  
 Tres para una.

Un sobrino.  
 Un día de reinado.  
 Un pleito.